



DE LA EUCARISTÍA A LA TRINIDAD

Marie-Vincent Bernadot, O.P.





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

De la Eucaristía a la Trinidad

Marie-Vincent Bernadot, O.P.

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Índice

1. [Nota de esta edición](#)
2. [Oración de santa Catalina de Siena](#)
3. [Prólogo](#)
4. [I. La unión eucarística](#)
5. [II. La permanencia de la unión eucarística](#)
6. [III. Mantener y perfeccionar la unión](#)
7. [IV. El fin de la unión eucarística](#)

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del francés de *De l'Eucharistie à la Trinité*, del padre Marie-Vincent Bernadot, dominico (1883-1941), publicada por primera vez en Marsella en 1919.

El libro tuvo muchas reimpresiones en vida de su autor. En 1943, ya muerto el padre Bernadot, las Éditions du Cerf publicaron una «nueva edición aumentada con un capítulo inédito»; las reediciones posteriores volvieron al texto breve. Esta traducción sigue ese texto breve, el de 1919: la oración de santa Catalina de Siena que lo abre, el prólogo y los cuatro capítulos sobre la unión eucarística, su permanencia, el modo de mantenerla y perfeccionarla, y su fin. No incluye el capítulo agregado en 1943.

Se tradujo solo el texto del libro, desde una edición digital moderna del texto francés, sin su presentación, sus notas ni su maqueta. Las notas al pie son las de Bernadot; las referencias bíblicas se dan al modo castellano, con la numeración de la Vulgata que él usaba en los salmos y en el capítulo 6 de san Juan. Las notas marcadas «N. del E.» son de esta edición: aclaran, con el Catecismo, cinco pasajes que sin contexto podrían leerse mal. Siguiendo la costumbre de Fénix, los pronombres que se refieren a Dios van con mayúscula.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial, se cotejó párrafo por párrafo con el original francés y se revisó en sus pasajes doctrinales contra el Catecismo de la Iglesia Católica. Si encuentra un error, puede avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

Traducción de Proyecto Fénix, 2026. Se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro, bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0.

Oración de santa Catalina de Siena

¡Oh Espíritu Santo, ven a mi corazón! Por Tu poder atráelo a Ti, oh Dios verdadero, y concédeme la caridad junto con el temor.

¡Oh Cristo, guárdame de todo mal pensamiento: dame calor e inflámame en Tu dulcísimo amor, y toda pena me parecerá ligera!

Oh Padre mío santo, mi dulce Señor, ayúdame ahora en todas mis acciones.

¡Oh Cristo Amor! ¡Oh Cristo Amor!

Prólogo

Yo soy el Camino: caminen en Mí.

Yo soy la Verdad: contémplenme.

Yo soy la Vida: vivan por Mí.

El misterio de Cristo

Dios comunica la vida divina a la santa Humanidad de Jesús

Dios es el Océano de la vida. Y esta vida, que es Luz y Amor, tiene sed de difundirse y de darse. Eternamente el Padre se da a Su Hijo; juntos el Padre y el Hijo se dan al Espíritu Santo, comunicándole Su única divinidad.

Eternamente también, por una inefable misericordia, Dios resolvió comunicar Su vida santa y beatífica a la criatura, decirle Su Verbo, darle Su Espíritu, hacerla entrar en comunión con Su naturaleza en la Luz y en el Amor.

Pero, antes de desbordarse sobre todas las criaturas, la vida infinita comienza por derramarse toda entera en Aquel que es *el primogénito antes de toda criatura* ¹, Cristo Jesús, cuya santa Humanidad, en virtud de Su unión con la Persona del Verbo, recibe participación en los bienes infinitos tanto como es posible a una naturaleza creada. Toda la vida divina fluye en Él. *Dios quiso que la plenitud de la divinidad habitara en Él* ²...*Lo hemos visto lleno de la gracia y de la Verdad* ³. Colocado en la cumbre de todo, introducido en la adorable Trinidad, Jesús entra en comunión sin medida con la vida que inunda Su corazón y Su alma y anega todas Sus potencias de inteligencia y de ternura, de modo que Cristo Jesús llega a ser a su vez el Océano de la vida.

Jesús nos comunica la vida divina

Si está por encima de todo, Jesús no por eso está aislado. En la magnificencia de Su amor, Dios Lo predestinó como *el primogénito de una multitud de hermanos* ⁴, como la cabeza de un cuerpo inmenso del que somos los miembros. *Él es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo* ⁵.

Y he aquí que Jesús quiere hacer partícipes a Sus hermanos de lo que Él ha recibido. La vida que se había derramado desde la Trinidad adorable en Su santa Humanidad se desborda de nuevo, se extiende y se propaga. De la cabeza desciende a los miembros. De la cabeza, Jesús, cuyas potencias todas inunda, se difunde por todo el cuerpo formado por los fieles. Y a nuestra vez entramos en comunión con la vida íntima de las tres divinas Personas, con Su Luz y con Su Amor.

Es el admirable misterio de la difusión de la vida sobrenatural, el cual más que ningún otro hace resplandecer la gloria de la gracia ⁶ y arrancaba a san Pablo conmovedoras acciones de gracias ⁷. Es el que el gran Apóstol no cesaba de predicar, llamándolo *el misterio de Cristo... el misterio oculto a los siglos y a las generaciones pasadas, pero revelado ahora a los santos: es decir, Cristo en ustedes* ⁸.

Es el gran Cristo formado de Jesús y de la Iglesia, de Jesús completado por la Iglesia, de Jesús tan íntimamente unido a Sus fieles que no forma con ellos sino un solo cuerpo animado de la misma vida, la cual circula en la cabeza y en los miembros; pues Su vida divina, Jesús la derrama en nosotros, la hace nuestra. *Yo soy la vid, ustedes son los sarmientos* ⁹. La cepa y los ramos son un mismo ser, que se alimentan y obran juntos, produciendo los mismos frutos porque los nutre la misma savia. Así Jesús y los fieles están unidos en un mismo cuerpo: esa vida divina, Luz que ilumina, Amor que abrasa, de la cual Jesús goza en Su plenitud y que hace las delicias de Su Humanidad, Él la hace circular en Sus miembros, nos la infunde, de modo que en Jesús y en nosotros, en Su alma y en nuestra alma, en Su corazón y en nuestro corazón, hay una misma vida, una misma gracia, una misma comunión de amor con el Padre en la unidad del Espíritu Santo.

Permanecer en Jesús

Como se ve, prácticamente toda la vida cristiana, toda la santidad se reduce a mantenerse estrechamente unido a Cristo Jesús.

Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Como el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto si no permanece unido a la vid, así tampoco ustedes pueden, si no permanecen en mí... El que permanece en mí y en quien yo permanezco da mucho fruto. Separados de mí, nada pueden hacer ¹⁰.

He aquí, pues, el gran deber cristiano: permanecer en Jesús.

Vivir en Jesús lo resume todo, lo facilita todo, coloca al cristiano en sus relaciones regulares con Dios y le permite realizar su vocación, que se expresa plenamente en estas pocas palabras: por Jesús entrar en relaciones de intimidad con Dios nuestro Padre, en el Espíritu Santo, término subsistente del eterno amor.

¿Cómo unirnos a Jesús y permanecer en Él?

Es el bautismo el que, primero, nos hace entrar en Cristo. *El bautismo nos incorpora a Cristo*, dice santo Tomás. De ahí se sigue que la plenitud de vida, de gracia y de virtudes que hay en Él nos invade: es conforme al orden que la vida de la cabeza descienda a los miembros. *Todos recibimos de Su plenitud* ¹¹.

La confirmación afianza, desarrolla y perfecciona la unión sobrenatural establecida el primer día por el sacramento de la regeneración. *Al abrevarnos con el Espíritu de Cristo* ¹², lleva a su perfección nuestro crecimiento espiritual y nos hace capaces de obrar virilmente en el orden sobrenatural, de manifestar y defender con valentía la fe recibida en el bautismo. «Este sacramento, dice santo Tomás, aumenta y perfecciona nuestra vida espiritual en todo lo que atañe a los combates exteriores contra los enemigos de Cristo. Pero falta aún aumentarla y perfeccionarla para que el hombre sea perfecto en sí mismo por su unión íntima con Dios: es la obra de la Eucaristía ¹³».

Comenzada en el bautismo, estrechada en la confirmación, nuestra

unión con Cristo se consuma en el momento de la comunión.

Hay que advertir además que recibimos el bautismo y la confirmación una sola vez y que podemos, ¡ay!, perder la vida con que nos enriquecieron. En todo caso, esa vida está expuesta a menguar; es incluso demasiado cierto que sufre frecuentes mermas por nuestras faltas cotidianas. ¿Acabará por desaparecer, debilitándose cada día? No. Para restaurarla, el Señor instituyó el sacramento del altar, el más admirable de todos y en el cual los demás reciben su consumación y su coronamiento.

Su doble fin es llevar a su última perfección y mantener nuestra unión con Cristo. Más que todos, es el sacramento de la vida, pues es un alimento que podemos recibir cada día, un pan vivo ¹⁴ expresamente instituido para comunicarnos la vida eterna, la vida misma de Dios. Todo lo que el pan material hace por la vida corporal, este pan vivo lo hace por la vida sobrenatural: repara, mantiene, aumenta, renueva, alegra.

Todo el misterio de Cristo desemboca, pues, en definitiva, por la encarnación y la Redención, en la Comunión. Desde las alturas de la Trinidad, el Verbo encarnado desciende al hombre en la Eucaristía para que por la comunión el hombre ascienda a su fin último, la adorable Trinidad.

De la Trinidad a la Comunión: tal es el camino que recorre Cristo para llevar a cabo la obra de la difusión de la vida divina. Camino descendente del amor divino hacia el hombre que quiere salvar.

De la Comunión a la Trinidad: tal es el camino que, junto con Cristo, convertido en su compañero de viaje, el hombre purificado y reconfortado debe recorrer de vuelta para entrar en participación de los bienes infinitos. Camino ascendente del amor humano hacia Dios, que lo atrae a la inagotable felicidad de la visión beatífica.

Demos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de tener parte en la herencia de los santos en la luz, librándonos del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de Su Hijo amado...

Él es la imagen del Dios invisible, nacido antes de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están sobre la tierra, las visibles y las invisibles... Todo fue creado por Él y para Él. Él existe antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en Él.

Él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, Él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga Él el primer lugar. Pues Dios quiso que toda Su plenitud habitara en Él. Y quiso reconciliar por Él todas las cosas consigo mismo, las que están sobre la tierra y las que están en los cielos, haciendo la paz por la sangre de Su cruz.

Ustedes también, que estaban en otro tiempo lejos de Él y eran enemigos por sus pensamientos y por sus malas obras, Él los ha reconciliado ahora por la muerte de Su Hijo para hacerlos comparecer ante Él santos, sin mancha y sin reproche, si al menos permanecen fundados y afirmados en la fe e incommovibles en la esperanza.

San Pablo, Col 1, 12-23

[1.](#) Col 1, 15.

[2.](#) Ibid., 1, 19.

[3.](#) Jn 1, 14.

[4.](#) Rm 8, 29.

[5.](#) Col 1, 18.

[6.](#) Ef 1, 6.

[7.](#) Cf. Ef, Col, Flp.

[8.](#) Col 1, 26-27; 2, 2.

[9.](#) Jn 15, 5.

[10.](#) Jn 15, 4 y 5.

[11.](#) Jn 1, 16.

[12.](#) 1 Co 12, 13.

[13.](#) *Suma teológica*, III, q. 79, a. 1, ad 1.

[14.](#) Jn 6, 51.

I. La unión eucarística

1. Jesús se nos da sobre todo por la Comunión

En la práctica, en la vida cotidiana, es sobre todo por la santa comunión como nos unimos a Cristo. El gran medio de enriquecernos con la vida divina es comer el pan de la vida.

En ese momento se establece una unión prodigiosa. Las de la tierra, aun las más íntimas, no son en modo alguno comparables a ella. Para hallar su análogo hay que remontarse, con san Juan Crisóstomo, hasta la unión de las dos naturalezas en Cristo y decir que por la Eucaristía estamos unidos a Jesús como Su santa Humanidad está unida al Verbo.

Ciertamente, la vida de Jesús y la nuestra siguen siendo distintas, como Su naturaleza y nuestra naturaleza, como Su alma y nuestra alma. Se establece sin embargo una incomparable unidad de amor.

Para darnos una idea de esta unificación de Cristo y del hombre ¹, los Padres de la Iglesia recurren a comparaciones encantadoras: «Echen una cera derretida en otra cera, dice san Cirilo de Jerusalén: una y otra se penetran totalmente. Así, cuando alguien recibe el Cuerpo y la Sangre del Señor, la unión es tal que Cristo pasa a él y él a Cristo... Tenemos un mismo cuerpo y una misma sangre». San Cipriano añade: «Nuestra unión con Él unifica los afectos y las voluntades».

En efecto, en el momento de la comunión, Jesús entra de tal modo en nuestro corazón y en nuestra alma que nuestros afectos y nuestros pensamientos pueden llamarse Sus afectos y Sus pensamientos. Él los tiene primero. Luego nos los comunica según la medida actual de nuestro amor. Si un alma tiene poco amor, Jesús se ve forzado a ceñirse a las angostas dimensiones de esa alma y a restringir Sus dones. Pero al que comulga, desprendido de las criaturas y de sí mismo, que se entre-

ga sin reserva, al alma pura que se abre toda entera a la influencia de la Hostia, Jesús a cambio se da como solo Dios puede hacerlo. Se establece una circulación de vida, una comunicación de bienes, una unidad de amor que desafía toda expresión humana. El alma, penetrada por Jesús, se vuelve como un suelo fértil que hace germinar flores y frutos. Concibe pensamientos luminosos y forma actos de amor. ¿Son nuestros? Sí, pues nacen de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, pero de nuestra inteligencia unida a la inteligencia de Jesús, de nuestro corazón unido a Su corazón, de modo que son Suyos tanto como nuestros. Juntos adoramos, juntos amamos y damos gracias, juntos nos entregamos a nuestro Padre de los cielos. Su amor y nuestro amor, Su pensamiento y nuestro pensamiento se elevan mezclados el uno con el otro, como dos granos de incienso quemados en el mismo incensario y que no exhalan hacia el cielo sino un único perfume.

«Así como Tu Padre se insinúa en Ti desde toda la eternidad, Verbo divino, de modo que Te llena por completo y es todo en Ti, así, oh Jesús mío, Tú Te insinúas en mí y haces una misma cosa conmigo, por una íntima penetración de todo mi ser».

M. Olier

2. La comunión nos da a Jesús entero

En el momento de la comunión estamos realmente en posesión de la vida. Tenemos al Verbo encarnado entero, con todo lo que es y todo lo que hace, Jesús hombre y Dios, todas las gracias de Su Humanidad y todos los tesoros de Su Divinidad, o, para hablar como san Pablo, *la riqueza incomprensible de Cristo* ².

Jesús está en nosotros como hombre.

La comunión derrama, pues, en nosotros la vida actual, celeste y toda glorificada de Su Humanidad, de Su corazón y de Su alma. En el cielo los ángeles son inundados de dicha por la irradiación de esa vida. En la tierra, algunos santos han tenido la visión del cuerpo glorifi-

cado de Jesús: «Era una belleza capaz de hacer morir la palabra humana», cuenta la beata Ángela de Foligno, que conservó de su visión «una alegría inmensa, una luz sublime, una delectación indecible y continua, una delectación deslumbrante más allá de todos los deslumbramientos». Pues bien, este cuerpo glorificado, animado por un corazón que es un abismo de amor y por un alma inefablemente bella, santa, deslumbrante de luz, inundada de vida, de gracia, de paz y de alegría, santuario y paraíso de Dios, se convierte en nuestro festín.

Jesús viene a nosotros como Dios.

Es el colmo de la generosidad divina. *Habiendo amado a los Suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin* ³, hasta las últimas exigencias y las últimas posibilidades del amor.

Entramos, pues, en comunión con la vida divina de Jesús, con Su vida como Verbo, como Hijo único del Padre.

Ahora bien, Él mismo nos lo dice: *Yo vivo de mi Padre* ⁴. Desde toda la eternidad el Padre da a Su Hijo la vida que está en Su seno. Se la da totalmente, sin medida y con tal generosidad de amor que, permaneciendo distintos, no forman sino una misma divinidad con una misma vida, plenitud del amor, de la alegría y de la paz.

Esa es la vida que recibimos.

¡Oh Dios increado! ¡Oh Dios dulcemente encarnado! El hombre ha comido Tu carne, ha bebido Tu sangre: ¡que no sea ya sino uno Contigo por los siglos de los siglos!

Beata Ángela de Foligno

3. La comunión nos da las tres divinas Personas

El Verbo viene a nosotros. Pero no viene solo. *Yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en mí* ⁵. Allí donde está Jesús, ¡oh conclusión deliciosa!, allí está también el Padre: *El que me ha enviado está conmigo. No me deja solo... El Padre permanece en mí* ⁶. Y allí donde están el Padre y el Hijo, allí está también el Espíritu Santo. Toda entera la adorable Trini-

dad habita en el corazón del que comulga. Jesús nos lo había anunciado: *Si alguien me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada* ⁷.

Nuestra alma se convierte en un santuario testigo de inefables maravillas. Porque las tres divinas Personas no permanecen inactivas en el que comulga: el Padre engendra allí a Su Hijo, el Padre y el Hijo producen allí al Espíritu Santo.⁸

Eternamente, el Padre pronuncia una Palabra, semejante e igual a sí mismo, en la cual se dice por entero. Palabra esencial y viva que es Su Verbo. Viendo a este Verbo, Su Imagen, Su Luz, Su Pensamiento, Su Gloria, forma de Su rostro, esplendor equivalente de todas Sus perfecciones, espejo vivo de Su ser y fruto de Su amor, el Padre Lo ama con un amor sin límites. El Verbo devuelve un amor semejante, igualmente eterno e infinito, a Su Padre. Amor único, aunque mutuo, vivo y subsistente, abrazo, estrechamiento, beso inefable que Los consuma en la unidad del Espíritu Santo.

Es el gran misterio, aquel cuya contemplación inunda a los ángeles de gloria, de belleza y de felicidad. Esas poderosas inteligencias, que descubren de un golpe las profundidades de la creación entera, pueden fijar la mirada en el misterio de las tres divinas Personas eternamente, sin agotarlo jamás y sin saciar el hambre de su deseo. Su mirada, profunda y veloz, descubre sin cesar en el abismo de la vida divina perfecciones siempre nuevas que contemplan con arrobamiento y cantan con transporte.

Tal es el misterio que nos trae la comunión.

Es cierto que en todo tiempo *somos templos del Dios vivo* ⁹, puesto que «por la gracia, dice santo Tomás, la Trinidad entera es huésped del alma».

Sin embargo, lo somos más aún en el momento de la comunión, porque en ese momento Jesús viene a nosotros como pan de vida, expresamente para comunicar esa vida que recibe del Padre: Quien come de este pan tendrá la vida.

Pero ¿cómo vivirá? *Así como el Padre que me envió vive y yo vivo del Padre, así el que me come vivirá de mí*¹⁰.

El alma del que comulga se convierte como en el cielo de la Trinidad. En mi alma, como en el cielo, el Padre pronuncia Su eterna palabra, engendra a Su Hijo y Le repite, al dármele: Hoy Te he engendrado... Tú eres mi Hijo amado: en Ti he puesto todas mis complacencias¹¹. En mi alma, ahora, el Padre y el Hijo intercambian Sus mutuas ternuras, permanecen en ese estrechamiento inenarrable, se dan ese abrazo vivo, ese beso inefable, Su amor se exhala en ese soplo ardiente, torrente de llama, que es el Espíritu Santo.

* * *

¡Oh Dios eterno, Padre todopoderoso, Llama ardiente de caridad, Dios mío, Dios mío! Lo que muestra Tu bondad y Tu grandeza es el presente que has hecho al hombre. Ese presente eres Tú todo entero, Tú, la infinita, la eterna Trinidad. Y el lugar donde Te has dignado descender para darte es el establo de nuestra humanidad, que se había convertido en guarida de los animales, es decir, de los pecados mortales...

Trinidad eterna, dulce amor mío, Tú, la Luz verdadera, danos la luz; Tú, la Sabiduría, danos la sabiduría; Tú, la Fuerza infinita, danos la fuerza. Disipa, Te lo suplico, nuestras tinieblas para que podamos conocerte perfectamente y seguir Tu verdad en la sencillez y la sinceridad de nuestro corazón.

Santa Catalina de Siena

4. La comunión nos asocia a la vida íntima de la Trinidad

Estoy asociado a esta vida que me es dada, a las inefables relaciones de amor de las tres divinas Personas.

Jesús me arrastra a Sus ternuras filiales hacia Su Padre. Me hace penetrar en Su corazón, me envuelve en Su alma ardiente de amor para que en Él, con Él y por Él yo ame a Su Padre, que es mi Padre. Me en-

seña a adorarlo, a alabarlo, a amarlo, a entregarme como Él mismo se entrega, a decir con Él: *Heme aquí, vengo, oh Padre, a hacer Tu santa voluntad... Encomiendo mi alma en Tus manos* ¹². Y Jesús ruega a Su Padre que me admita en el misterio del amor de los Tres: *Padre santo, ruego para que también ellos sean uno en nosotros* ¹³.

El Padre, a su vez, me arrastra a Sus infinitas complacencias hacia Su Hijo. *Nadie viene a mí, dice Jesús, si mi Padre no lo atrae* ¹⁴. Añade: *Mi Padre me ha amado* ¹⁵. ¡Y con qué amor! Con una ternura que no tiene nombre y sobrepasa toda medida. Y Jesús pide aún y obtiene mi participación en esa inefable ternura: Padre santo, que el amor con que Tú me has amado esté en ellos ¹⁶.

Así conducido al Padre por Jesús y a Jesús por el Padre, arrastrado en Su mutuo amor, estoy en el Espíritu Santo, Movimiento eterno del amor del Padre y del Hijo.

En el Espíritu Santo, oh Padre, me llevas a Jesús. En el Espíritu Santo, oh Jesús, me conduces a nuestro Padre: Él es el Don de Ustedes. Porque es Su unión y Su consumación, el sello de Su unidad, es mi unión, mi consumación, el sello de mi unidad en Ustedes. *Él me enseña todo* ¹⁷. Termina de entregármelo todo. Contigo, oh Jesús, al atraerte, me atrae al Padre. Contigo, oh Padre, al atraerte, me atrae a Jesús. Me arrastra y me posee. Me hace uno con Ustedes. Por Él termina de cumplirse Tu oración suprema, oh Jesús, Maestro adorado:

Padre santo, ruego por todos los que creerán en mí: que sean uno, como Tú, Padre mío, estás en mí y yo en Ti. Ellos también, que sean uno en nosotros... Yo les he dado la gloria que Tú me has dado, para que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos y Tú en mí, que sean consumados en uno y que el mundo conozca... que Tú los has amado como me has amado a mí ¹⁸.

El Señor decía a la beata Ángela de Foligno: «Si alguien quiere poseerme en su alma, no me sustraeré a él. Si alguien quiere verme, le daré con arrobo la visión de mi rostro. Si alguien quiere hablarme, conversaremos juntos con inmensas alegrías».

* * *

¡Oh Trinidad! ¡Trinidad eterna! ¡Oh Fuego, oh abismo de amor! ¡Llama de amor! ¿No bastaba crearnos a Tu imagen y semejanza, hacernos renacer a la gracia en la sangre de Tu Hijo? ¡Y aún era preciso darnos toda la Trinidad en alimento! Es Tu amor el que lo quiso, ¡oh Trinidad eterna! No solo diste a Tu Verbo en la Redención y en la Eucaristía, sino que Te has dado toda entera por amor a Tu criatura. Sí, el alma Te posee porque eres la Bondad suprema.

Santa Catalina de Siena

* * *

Así, lo que santo Tomás escribía de la unión por la gracia puede decirse con mayor razón de la unión eucarística: «Es el comienzo de la bienaventuranza eterna».

El Señor Jesús nos lo dijo: *El que come este pan tiene la vida eterna* ¹⁹. Recibiendo al mismo Dios, los bienaventurados en el cielo y los cristianos en la tierra tienen una misma vida. Es verdad que los elegidos poseen a Dios por la visión, mientras que nosotros Lo poseemos en la fe. Pero la comunión, como la visión, nos Lo da inmediatamente, por completo, sin otro intermediario ni otro obstáculo que el de nuestros pecados o nuestra tibieza. Si nuestra fe fuera lo bastante viva para eliminar esa tibieza y hacerle amplio lugar, si nuestro amor tuviera el ardor suficiente para apartar todo obstáculo y preparar a la Hostia la recepción que la purificación del purgatorio prepara a la visión eterna, los efectos serían casi los mismos. Saturados de vida eucarística, los cristianos peregrinos serían transformados en Dios por la comunión como los elegidos por la gloria.

¿No parece que, presa de una adorable impaciencia, Dios no pueda resolverse a esperar a que suene para cada uno de nosotros la hora de la unión bienaventurada? El Amor tiene prisa por contraer la unión que no debe acabar. Se hace pan, se hace vino. Y nos dice: *Yo soy el ali-*

mento de las almas grandes: crece y come, pues no me transformarás en ti como el alimento de tu cuerpo; serás tú quien sea transformado en mí ²⁰... Vengan, amigos míos, coman y beban. Embriáguese, mis amados ²¹.

* * *

¡Oh Jesucristo creador! ¡Oh Jesucristo criatura! ¡Oh verdadero Dios y verdadero hombre! ¡Oh verdadera carne! ¡Oh verdadera sangre! ¡Oh verdaderos miembros de un verdadero cuerpo! ¡Oh unión inefable! ¡Oh encuentro de Inmensidades! ¡Oh Señor, voy de Tu humanidad a Tu divinidad, de Tu divinidad a Tu humanidad, voy y vuelvo! El alma, en su contemplación, encuentra la divinidad inefable que lleva en sí los tesoros de riqueza y de ciencia. ¡Oh tesoros imperecederos! ¡Oh divinidad! ¡De Ti saco las delicias que alimentan, y todo lo que digo y todo lo que no puedo decir! Veo el alma preciosísima de Jesús, con todas las virtudes, todos los dones del Espíritu Santo y la oblación santísima, santísima y sin mancha. Veo este cuerpo, el precio de nuestra redención. Veo la sangre de la que saco la salvación y la vida. Y luego veo lo que no puedo decir. He aquí verdaderamente, bajo estos velos, a Aquel a quien adoran las Dominaciones, ante quien tiemblan los Espíritus y las Potestades temibles. ¡Oh! ¡Si nuestros ojos se abrieran como los suyos, qué prodigios harían en nosotros, al acercarnos al misterio, el respeto y la humildad!

Beata Ángela de Foligno

1. Concilio de Florencia.

2. Ef 3, 8.

3. Jn 13, 1.

4. Jn 6, 57.

5. Ibid., 14, 10.

6. Ibid., 8, 29.

[7.](#) Jn 14, 23.

[8.](#) N. del E.: no se trata de una generación nueva del Hijo en el alma. La generación del Hijo y la procesión del Espíritu Santo son eternas; el autor dice que esa vida íntima de la Trinidad se hace presente en el alma en gracia, porque las tres Personas vienen a habitar en ella (Jn 14, 23; Catecismo, n. 260).

[9.](#) 2 Co 6, 16.

[10.](#) Jn 6, 58.

[11.](#) Sal 2, 7; Lc 3, 22.

[12.](#) Sal 39, 8; 30, 6.

[13.](#) Jn 17, 11.

[14.](#) Ibid., 6, 44.

[15.](#) Ibid., 15, 9.

[16.](#) Jn 17, 26.

[17.](#) Ibid., 14, 26.

[18.](#) Ibid., 17, 20-23.

[19.](#) Jn 6, 54.

[20.](#) San Agustín, *Confesiones*, VII, 10, 16.

[21.](#) Ct 5, 1.

II. La permanencia de la unión eucarística

Pero esta unión eucarística, ¿dura? La comunión es un acto, y todo acto es pasajero. ¿Estamos, pues, privados de la presencia del Señor en cuanto las santas especies se consumen, y esta inefable unión sacramental no es más que de unos pocos minutos?

Sin embargo, la Iglesia nos lleva a desear su permanencia cuando pone en nuestros labios, en el momento de la comunión, esta admirable oración: «Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, que, por voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, moriste para dar la vida al mundo, líbrame de todas mis iniquidades y de los males de toda clase por Tu santísimo Cuerpo y Tu santísima Sangre. Haz que me adhiera siempre a Tus voluntades sobre mí y no permitas que jamás me separe de Ti, oh Dios que, con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas por los siglos de los siglos».

¡Que jamás me vea separado de Ti! Es la oración de toda alma que ama. Pues el amor quiere lo que dura. Todo don que pasa, por grande que sea, lo deja insatisfecho. El alma que ha comulgado con fervor y ha entrado en la intimidad del misterio eucarístico siente encenderse en ella un hambre insaciable de la Hostia. Aunque la comunión de cada mañana le trae alegrías arrebatadoras, ya no basta a su deseo: lo que ella anhela es la comunión perpetua, la unión incesante con el misterio eucarístico.

Los que Te comen aún tienen hambre,

los que Te beben aún tienen sed.

Ya no saben desear

sino a Ti, oh Jesús amado. ¹

¿No es un exceso soñar con una unión constantemente actual con Jesús-Hostia, con una posesión habitual de Su adorable Humanidad?

No, puesto que el Maestro mismo hace nacer y alienta estos extraor-

dinarios deseos: El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él ².

* * *

Oh Dios, oh Dios mío, Te busco desde la aurora:

Mi alma tiene sed de Ti,
Tras de Ti languidece mi carne
En este desierto árido, reseco, sin agua.
Así vengo a Tu santuario
A contemplar Tu poder y Tu gloria.
Mi alma se aferra a Ti.

Salmo 62

Oh Dios de amor, Salvador mío, Tú eres dulzura y encanto por la eternidad. Eres la sed de mi corazón, la saciedad de mi espíritu. Y, sin embargo, mientras más Te gusto, más crece mi hambre; mientras más bebo de Tu fuente, más sediento me siento. Ven, Señor Jesús, ven.

Santa Gertrudis

I. Nuestra unión con la santa Humanidad

La permanencia de la unión eucarística es cosa posible y real. Aun consumidas las santas especies, el que comulga permanece estrechamente unido a la santa Humanidad de Jesús.

Pero importa comprender bien esta unión.

La santa Humanidad está en el cielo y en el sagrario. Según Su forma gloriosa, está solo en el cielo; según Su forma eucarística, está solo en el sagrario. Tal es la enseñanza de la teología. Ciertamente, en cuanto las especies se consumen en el que comulga, la santa Humanidad de Jesús deja de estar en él según el estado eucarístico. Esto no admite duda, y sería un error equiparar la presencia ordinaria de la santa Humanidad en nuestros corazones con Su presencia en la Hostia consagrada.

Sin embargo, es lícito decir que permanecemos en unión permanen-

te con la Humanidad de Nuestro Señor; pues, si ella no permanece por Su sustancia, permanece por el resplandor de Su amor, el contacto de Su poder, las luces y las gracias que sin cesar nos envía desde el sagrario.

El Padre eterno decía a santa Catalina de Siena: «Considera qué excelencia adquiere el alma que recibe como conviene este pan de vida, este alimento de los ángeles. Al recibir este sacramento, ella permanece en mí y yo en ella. Como el pez está en el mar y el mar en el pez, así estoy yo en el alma y el alma está en mí, el Océano de paz. De esta comunión queda la gracia; pues, después de haber recibido este pan de vida en estado de gracia, el alma recoge de él la gracia, una vez que los accidentes del pan se han consumido.

Te dejo la huella de la gracia, como lo hace el sello que se aplica sobre la cera caliente, la cual conserva su marca cuando se lo retira. Del mismo modo obra la virtud de este sacramento en el alma, en la que deja tras de sí el ardor de mi divina caridad, la clemencia del Espíritu Santo, con la luz de la Sabiduría, mi Hijo único ³».

1. Nuestra unión con la santa Humanidad en virtud de Sus méritos y de Su amor.

La santa Humanidad está siempre presente para mí por la acción incesante de Sus méritos y el resplandor perpetuo de Su amor.

Cristo, dice san Pablo, *está siempre vivo para interceder en nuestro favor* ⁴. En el cielo y en el Santísimo Sacramento, no cesa de interceder recordando Su mérito a Su Padre, que Le debe el salvarnos. Muestra la Humanidad que asumió, la cual mereció por nosotros, y Sus llagas, signos de Su sacrificio. Expone el ardiente deseo de nuestra salvación que abraza Su santa alma, deseo que es mucho más que una oración: un recordatorio de Sus derechos infinitos, y que es escuchado de inmediato.

Intercede por todos los que ha rescatado, por todos y por cada uno en particular. Pues para cada uno tiene una mirada, una efusión espe-

cial de Su amor: *Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor llama a sus ovejas, a cada una por su nombre propio, y las conduce a los pastos. Conozco a mis ovejas* ⁵. No es, dice santo Tomás, un simple conocimiento, sino un conocimiento de aprobación y de amor, en que el corazón tiene su parte como la inteligencia.

Desde el fondo de Su sagrario, Jesús me mira sin cesar, con una mirada que me penetra hasta lo más hondo. ¡Mirada atenta y tan tierna! *La luz de Tu rostro, Señor, se imprime sobre mí como un signo* ⁶. Ni uno solo de mis pensamientos, ni uno solo de mis actos escapa a Jesús. Ni uno solo de mis deseos que Él no conozca mejor que yo mismo. Se da cuenta de todos mis estados, de todas mis necesidades, de todos mis peligros, de todas mis aspiraciones. No solo para ser su testigo, sino para darme, por el instrumento de Su Humanidad glorificada, la gracia necesaria a esos estados.

En todo instante me ama. ¡Y con qué amor! Ciertamente el amor in-creado del Verbo nos sigue a todas partes, y es un inefable descanso saber que estamos siempre en ese amor sin poder salir jamás de él. Pero, en cuanto hombre también, Jesús me ama. Desde Su sagrario derrama sobre mí oleadas de ternura. Me envuelve de amor. Amor que no languidece; ni por un momento puedo decir: Ahora Jesús no piensa en mí. Aun de noche, vela sobre mi sueño. *El camino por donde ando está bajo la mirada del Señor* ⁷. Amor que no se desanima: por mucho que Lo olvide y Lo ofenda, sigue repartiéndome Sus gracias. Amor de asistencia y de ternura, de amigo, de hermano, de esposo. De noche y de día, estoy bajo la influencia de la mirada y del amor de Jesús.

¿No es ya preciosa entre Jesús y el alma esta unión creada por el incesante resplandor de la caridad del Corazón de Jesús?

* * *

Yahvé es mi pastor, nada me falta.

Me hace reposar en verdes pastos,

Me conduce junto a aguas refrescantes,
Reconforta mi alma...

Aunque caminara por un valle de sombra de muerte, no temería
mal alguno,

Porque Tú estás conmigo.

Tu cayado y Tu bastón me tranquilizan.

Pones ante mí una mesa frente a mis enemigos. Mi copa rebosa.

Salmo 22

2. La unión en virtud de Su acción vital.

Hay una presencia de la santa Humanidad de eficacia aún más íntima:
Su misteriosa presencia por Su acción vital.

Yo soy la Vida ⁸, dice Jesús. Cuando se mostraba a los hombres en los días de Su vida mortal, Su santa Humanidad dejaba estallar a menudo Su poder milagroso; Su contacto bastaba para obrar las mayores obras. *Salía de Él una fuerza que los sanaba a todos* ⁹. Lejos de haber disminuido, hoy Su eficacia no conoce obstáculo ni intermitencia. Actúa sobre todos y en todo momento. Cada uno de nosotros se encuentra en la feliz imposibilidad de escapar a Su acción o, como dicen los teólogos, al contacto de Su poder.

Ella es el centro del universo sobrenatural, el sol que ilumina todas las criaturas espirituales de Dios, la atmósfera sobrenatural fuera de la cual no es posible vida alguna, ni luz alguna, ni seguridad alguna, ni relación alguna con Dios. Colocada en la cumbre de toda la creación, en contacto inmediato con la Divinidad, inundada de la vida divina en una medida inmensa, la santa Humanidad se convierte ella misma en fuente de vida, punto de partida de las efusiones divinas. Se inclina sobre las criaturas; y he aquí que del alma y del corazón de Jesús la vida sale a grandes torrentes, diluvio de luz y de amor que desciende, como cataratas deslumbrantes, de grado en grado sobre todos los elegidos y hasta los confines del mundo, para llenar de luz y de gozo a todos los

hijos de Dios. Así, a toda hora, como un sol que envía sus rayos, como una fuente demasiado llena que dejara correr sus aguas vivas, el corazón de Jesús, sin empobrecerse jamás, se derrama inagotablemente en una inmensa efusión de gracia que comienza por beatificar el cielo y luego se esparce sobre la tierra por los siete ríos de los sacramentos y los otros mil arroyos que derivan de ese océano de amor, para santificar a los predestinados y hacer florecer las virtudes que manifiestan la vida cristiana.

En el Calvario, la santa Humanidad nos mereció la vida; ahora nos la distribuye: *a cada uno de nosotros se le da la gracia según la medida del don de Cristo* ¹⁰. ¿Qué son los sacramentos sino la santa Humanidad empleándose en santificar a los hombres?

Aun fuera de los sacramentos, siempre activa, no cesa de obrar directamente sobre las almas mediante iluminaciones interiores e impulsos eficaces. Si estoy en estado de gracia, es por causa de ella y por ella. Ningún socorro sobrenatural me llega, sino de Su Corazón; ningún rayo de luz divina, sino de Su alma. No puedo hacer nada sin ella, ni siquiera tener un buen pensamiento, ni siquiera decir: Señor Jesús. Ella es el principio de mi actividad sobrenatural, de mi progreso, de mi florecimiento en Dios. Desde su origen hasta su plena expansión, mi vida brota de esta fuente. Que por un instante la santa Humanidad de Jesús se retire, o que yo me sustraiga a Su resplandor, y recaigo de inmediato en la muerte. *Como la cabeza manda a los miembros*, dice el Concilio de Trento, *como la vida penetra todos los sarmientos con su savia, así Cristo Jesús ejerce su influencia sobre todos los justos y en todo instante. Esa influencia precede, acompaña y corona sus buenas obras, y las hace agradables a Dios y meritorias ante Él* (Sesión VI, cap. 16).

El Apóstol lo había dicho en una palabra: *Christus vita vestra*: Cristo es la vida de ustedes; pues, añade santo Tomás, es el motor de la vida de ustedes: *quia ipse est actor vitæ vestræ* ¹¹.

Oh Trinidad eterna, Dios todopoderoso, somos árboles de muerte y Tú eres el árbol de vida. Dios infinito, ¡qué espectáculo ver en Tu luz el árbol de Tu criatura! Pureza suprema, Tú habías dado a este árbol por ramas las potencias del alma, que son la inteligencia, la memoria y la voluntad. ¿Y qué frutos debían dar esas ramas? La memoria debía retener, la inteligencia comprenderte, la voluntad amarte. Oh árbol, ¡en qué feliz estado te había plantado el jardinero divino!

¡Ay! Oh Dios mío, este árbol cayó. Árbol de vida, se convirtió en árbol de muerte, y ya no podía dar sino frutos envenenados.

Pero, Trinidad eterna, Te apasionaste hasta la locura por Tu criatura. Cuando viste que este árbol ya no daría sino frutos de muerte, porque estaba separado de Ti, que eres la Vida, lo salvaste por ese mismo amor que Te había movido a crearlo: injertaste Tu divinidad en el árbol perdido de nuestra humanidad. Injerto bueno y bienhechor, mezclaste Tu dulzura con nuestra amargura, el esplendor con las tinieblas, la sabiduría y la locura, la vida con la muerte, lo infinito con lo finito.

Después de la injuria que Tu criatura Te había hecho, ¿quién pudo forzarte a esta unión que nos devuelve la vida? Es el amor, solo el amor. Y este injerto maravilloso venció la muerte.

Pero esto no bastaba a los ardores de Tu caridad, oh Verbo eterno: quisiste regar este árbol con Tu propia Sangre. Esta Sangre, por su calor, hace fructificar el árbol en cuanto el hombre consiente en unirse y vivir en Ti. Su corazón y sus afectos deben estar ligados al injerto celestial por los lazos de la caridad y de la obediencia. En cuanto estamos unidos a Ti, las ramas dan sus frutos.

Oh amor infinito, ¡qué maravillas obras en Tus criaturas! ¿Por qué los hombres no vienen a la fuente donde está la Sangre que debe regar su árbol? La vida eterna corre para nosotros, pobres criaturas que la ignoramos y no la aprovechamos,

He pecado, Señor, ten piedad de mí.

¡Jesús Amor! ¡Jesús Amor!

Santa Catalina de Siena

3. Nuestra unión con la Humanidad en la Eucaristía

¿Dónde está esa Humanidad, fuente de mi vida?

En el cielo, sin duda. Pero, más cerca de mí y más accesible, en la Eucaristía. Allí está viva, actuante. Está allí precisamente para mantenerse en contacto conmigo, para alimentarme con Su vida, para que yo participe de la vida del alma y del corazón de Jesús. *Yo soy el pan de vida... el pan vivo bajado del cielo. El que come este pan vivirá de la vida eterna.*

Es en el momento de la comunión ante todo cuando esta vida se derrama en mí. Pero si permanece en mi alma, es porque, aun después de consumidas las santas especies, la santa Humanidad sigue haciéndome partícipe de Su vida, de Su gracia. Permanezco en comunicación con ella como el sarmiento con el tronco de la vid, como el miembro del cuerpo con la cabeza. ¿Es duradera y eficaz la unión del sarmiento y el tronco? ¿Es real y permanente la unión entre el miembro y la cabeza? Así de real y permanente, así de eficaz es la unión del que comulga con la Humanidad de Jesús. Entre el alma de Jesús y el alma del que comulga hay una comunicación incesante, un flujo y reflujo de vida. ¡Qué importa la distancia exterior, si la vida es la misma! Y es esencialmente la misma vida, la misma gracia, la que está en la Hostia y en mi alma.

* * *

Señor, Tu vida todopoderosa no es para nuestra destrucción, sino para nuestra vivificación. Permaneces siempre uno y siempre el mismo en Ti; pero de Ti salen continuamente un poder y una virtud que, por su contacto, son nuestra fuerza y nuestro bien...

El Dios vivo es el Dios vivificante. Tú eres la Fuente y el Centro, a la vez que la Sede de todo bien.

Hazme semejante a Ti, oh Dios mío, ya que, a pesar de los obstáculos que hay en mí mismo, puedes hacerme tal y tal puedo ser hecho.

Señor, Te pido a Ti mismo; no pido nada más que a Ti, oh Dios mío, que Te has dado enteramente a nosotros. Entra en mi corazón personal y sustancialmente, y llénalo de fervor llenándolo de Ti. Solo Tú puedes llenar el alma del hombre, y has prometido hacerlo.

Tú eres la Llama viva y ardes siempre de amor por los hombres: entra en mí y, para que yo me parezca a Ti, ¡inflámame con Tu fuego!

San John Henry Newman

4. Intimidad de esta unión

A la intimidad de esta unión no se puede comparar nada de lo terrestre y humano. Pues la santa Humanidad actúa directamente sobre mi alma. Los ángeles mismos, aunque hayan recibido un poder maravilloso capaz de regir mundos, no pueden actuar inmediatamente sobre mi inteligencia y hacerla moverse espontáneamente a pensar y a creer, como tampoco pueden obrar dentro de mi voluntad para decidirme a querer. Es propio de Dios tomar un alma en lo más profundo de sus energías para gobernarlas.

Pero la santa Humanidad ha recibido comunicación de este poder divino; de modo que no solo deja extenderse sobre mi miseria la protección de Su oración y el resplandor de Su ternura infinita, sino que además ejerce la eficacia penetrante del poder divino introduciéndose hasta el último fondo de mi espíritu y de mi voluntad.

La unión del esposo y la esposa, la unión misma del alma con el cuerpo no es tan íntima como la unión de mi alma con la santa Humanidad. Pues la gracia que ella me comunica, fruto de Su sacrificio, penetra la esencia misma de mi alma. Como el perfume penetra la sustancia del vaso que lo contiene; como el rayo invade el cristal para darle su pureza y su brillo; como el fuego penetra el hierro, lo calienta, lo ilumina, lo transforma y lo hace fuego: así la gracia que me llega de la Eucaristía, derramándose en mi alma, se apodera de ella para regirla, penetrarla y, según la palabra de santo Tomás, *transformarla en Dios* y

embriagarla de Dios ¹².

Esta gracia es verdaderamente mi vida, mi verdadera vida, mucho más que la vida de mi cuerpo, o incluso que la vida natural de mi espíritu. Es el yo de mi yo, *el alma de mi alma*, dice Contenson. De modo que, en su último fondo, en su centro más interior, en su dentro más íntimo, mi vida es la gracia que me viene a cada minuto de la Hostia. El Señor decía a la beata Ángela de Foligno: *Yo soy más íntimo a tu alma que ella misma*.

Para mí, vivir es Cristo ¹³, exclamaba san Pablo. Con la misma verdad y la misma alegría interior, puedo decir: la vida, para mí, es la Eucaristía. Y no hago más que repetir lo que dijo primero el Maestro mismo: *El que me come vivirá por mí* ¹⁴.

* * *

Oh Señor Jesús, oh mar inmenso, ¿por qué tardas en recibir esta débil gota de agua en Tu plenitud? Todo el deseo de mi alma, deseo tan ardiente como dulce, es salir ahora de mí misma y entrar en Ti.

¡Oh! Ábreme, como asilo de salvación, Tu Corazón tan amado. En cuanto al mío, ya no lo tengo. Eres Tú, oh mi querido tesoro, quien ya lo tomó y lo guarda en Ti mismo. De Ti vive únicamente, y lo has transformado, por mísero que sea, en Tu divina esencia. En sus ardores, mi alma, fundida en Ti, ya no vive sino para Ti.

¡Qué inefable es esta unión! ¡Qué superior a cualquier otro modo de vivir es esta íntima familiaridad contigo! ¡Qué embriagador es Tu perfume! ¡Qué delicia respirar la paz divina, la misericordia generosa que hay en Ti! Eres el rico y sobreabundante tesoro de las diversas consolaciones.

¡Oh! ¡Pueda yo obtener desde aquí abajo lo que deseo! ¡Pueda obtener aquello a lo que aspiro, obtener que mi alma se vuelva por fin hacia Ti y que me devuelvas la vida por el beso tan dulce de Tu misericordia! Oh mi bien más querido, déjame asirte en lo más íntimo de mi

ser. Déjame darte también mi humilde beso para que, unida a Ti, permanezca ligada a Ti de manera indisoluble.

Santa Gertrudis

II. Nuestra unión con la santísima Trinidad.

Conviene notar que ordinariamente no es en el momento de la comunión cuando la santísima Trinidad comienza a habitar en nosotros. Esta presencia sobrenatural de las tres divinas Personas se produce en el momento mismo en que el alma es establecida en estado de gracia. Al hablar de unión eucarística a propósito de la santísima Trinidad, quereamos decir simplemente que la comunión es el medio por el cual se realiza de la manera más excelente la obra sublime de la transformación sobrenatural del alma, que ella aumenta la presencia de las tres divinas Personas y que cada vez que nos acercamos a la santa Mesa se produce una nueva misión invisible de la vida divina.

1. La permanencia de la santísima Trinidad en el que comulga

La presencia de las tres divinas Personas no está ligada, como la presencia física de la santa Humanidad, a la integridad de las especies eucarísticas. Ellas habitaban nuestra alma antes de la comunión. La habitan, pues, después de que la santa Hostia ha desaparecido de nuestro pecho, pero por una presencia más íntima, cuya influencia y eficacia la comunión ha hecho crecer. Después de la comunión, la capacidad que el alma tiene de recibir a Dios permanece agrandada. Vendremos al que ama, dice Nuestro Señor, yo, mi Padre y nuestro común Espíritu, *vendremos y haremos en él nuestra morada* ¹⁵.

La unión está tan bien establecida, es tan profunda, tan firme, que por su naturaleza es permanente. Es un *don irrevocable* ¹⁶. Los Tres hacen más que visitarnos: se establecen para quedarse. Nuestra alma se vuelve como un cielo y nuestra vida íntima como *un preludeo y un comienzo de la eterna bienaventuranza* ¹⁷. Nuestro Señor decía: *El reino de*

Dios está dentro de ustedes ¹⁸. Por eso san Pablo se atreve a escribir: *El templo de Dios es santo, y ese templo son ustedes... Ustedes son el templo del Dios vivo* ¹⁹.

En este templo las tres divinas Personas no permanecen inactivas. Obran sin cesar. Obran cada una según el carácter que le es propio. El misterio de la Trinidad se encuentra también en la actividad misma y en el amor que las tres divinas Personas profesan al alma: el alma es amada de manera distinta por cada una de ellas y, sin embargo, amada con un único amor. Amor único, porque, cada vez que obran hacia fuera, las tres divinas Personas actúan necesariamente como uno solo. Y, sin embargo, triple efusión de amor, cuyos caracteres revelan algo del carácter propio de cada uno de los Tres que es su fuente.

El Padre viene a ella como fuente de vida y de paz: es el Creador que, después de haberla engendrado, establece a Su criatura en el orden; es el Padre que rodea a Su hijo de bondad y de inexpressable ternura.

El Verbo, como fuente de luz: Pensamiento del Padre, Su Palabra viva, Su imagen, se une a mi inteligencia para introducirme en el conocimiento sobrenatural de la divinidad.

El Espíritu Santo, como fuente de amor: Amor del Padre y del Hijo, Su Beso mutuo, eterno movimiento e inefable éxtasis de Su dilección, consumación de Su vida, se une a mi voluntad para introducirme en el amor sobrenatural del Padre y del Hijo.

* * *

Oh Trinidad eterna, Dios único, Dios uno en esencia y trino en personas, permíteme compararte a una vid que tiene tres ramas. Hiciste al hombre a Tu imagen y semejanza. Por las tres potencias de su alma, se parece a Tu Trinidad y a Tu Unidad. Y para añadir a esta semejanza, por la memoria se parece y se une al Padre, a quien se atribuye el poder; por la inteligencia se parece y se une al Hijo, a quien se atribuye

la sabiduría; por la voluntad se parece y se une al Espíritu Santo, a quien se atribuye la clemencia, y que es el amor del Padre y del Hijo...

Oh Dios eterno, Tú eres el océano tranquilo donde viven y se alimentan las almas; allí encuentran su descanso en la unión del amor.

Santa Catalina de Siena

2. La circuminsesión divina en nuestra alma

Se produce en el alma del que comulga una admirable imitación de la circuminsesión de las divinas Personas.

En Dios no hay inmovilidad, sino un movimiento eterno, una eterna circulación de amor, pues la ley del amor es lanzarse hacia fuera, darse. El Padre no sería Dios si permaneciera en sí mismo: se derrama, se precipita en Su Hijo, al que no cesa de engendrar. El Hijo no sería Dios si no irrumpiera en Su Padre. Entre ellos hay un impulso inmenso, un atractivo irresistible, un peso de amor que Los precipita el uno en el otro y consume Su vida en la unidad. Y el término de este movimiento eterno de la vida divina, término eternamente subsistente, es el Espíritu Santo.²⁰

Ahora bien, este Amor, que procede de la Espiración de amor infinito, Amor que une al Padre y al Hijo en un eterno impulso de gozo y un indecible transporte, el Espíritu Santo, comunica al alma un movimiento semejante que la acerca al Padre y al Hijo y le permite participar en Sus relaciones íntimas.

En el cielo, la comunicación es perfecta. Sin velo alguno, sin traba alguna, los bienaventurados contemplan a las tres divinas Personas. Con el Padre, admiran, aman y abrazan el esplendor arrebatador del Verbo. Con el Verbo, admiran, aman y abrazan la perfección infinita del Padre. El Padre los arrastra en Su Hijo, y el Hijo en Su Padre. El eterno movimiento del Amor los toma, los arrebató, los lleva en el éxtasis del Padre y del Hijo para consumarlos en la unidad del Espíritu Santo.

En la tierra solo tenemos el comienzo de esta dicha inefable. Pero tenemos en ella una verdadera participación: la vida de la gracia aquí abajo y la de la gloria en el cielo son sustancialmente una misma cosa; la gracia comienza lo que la gloria acabará. Hay, pues, ya en nosotros algo de este admirable misterio de la circuminsección de los Tres.

Jesús nos lo ha dado a entender: *Nadie va a mi Padre sino por mí* ²¹... *Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae* ²². ¿Qué quiere decir esto sino: Jamás irán a mi Padre si no entran en el movimiento de amor que me une a Él; y jamás vendrán a mí si mi Padre no los arrastra en ese movimiento de amor que Lo precipita en mí mismo y nos consuma en la unidad del Espíritu Santo?

El alma que ama a las tres divinas Personas es, pues, un alma arras-trada por el Espíritu Santo en ese movimiento circular de visión y de amor que hace la dicha del mismo Dios, dicha plenamente comunica-da a los ángeles y a los bienaventurados.

Así podemos decir con san Agustín: «Los santos llevan a Dios; su alma es un cielo, pues Dios la habita ²³». Y con san Juan:

Vivimos en sociedad con el Padre y con Su Hijo Jesucristo ²⁴. Entre los Tres y nosotros hay una sociedad, una familiaridad, la vida en común.

* * *

Padre santo, recíbeme en Tu paternidad tiernísima, para que, después de haber terminado el estadio en el que, por Tu amor, comencé a correr, yo Te reciba como premio de mi carrera en herencia eterna.

Amabilísimo Jesús, recíbeme en Tu dulcísima fraternidad. Lleva conmigo el peso del día y del calor. Sé mi consuelo en todos mis trabajos, mi compañero y mi guía en todo el curso de mi viaje.

Espíritu Santo, Dios Amor, recíbeme en Tu misericordiosa caridad. Sé el maestro y el instructor de mi vida entera y el tierno amigo de mi alma.

Santa Gertrudis

-
- [1.](#) Himno del Santo Nombre de Jesús, en Laudes.
 - [2.](#) Jn 6, 57.
 - [3.](#) Santa Catalina de Siena, *El diálogo*, 112.
 - [4.](#) Hb 7, 25.
 - [5.](#) Jn 10, 3. 14.
 - [6.](#) Sal 4, 7.
 - [7.](#) Jue 18, 6.
 - [8.](#) Jn 14, 6.
 - [9.](#) Lc 6, 19.
 - [10.](#) Ef 4, 7.
 - [11.](#) Santo Tomás de Aquino, *Comentario a la carta a los Colosenses*, III, 4.
 - [12.](#) Santo Tomás, *Comentario a san Juan*, cap. VI, lect. 7.
 - [13.](#) Flp 1, 21.
 - [14.](#) Jn 6, 57.
 - [15.](#) Jn 14, 23.
 - [16.](#) Rm 11, 29.
 - [17.](#) *Sobre la unión con Dios*, cap. IV.
 - [18.](#) Lc 17, 21.
 - [19.](#) 1 Co 3, 16; 2 Co 6, 16.
 - [20.](#) N. del E.: es lenguaje oratorio. La vida de la Trinidad no es un movimiento que Dios necesite para llegar a ser Dios: Dios «es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo» (Catecismo, n. 221), y en Él no hay cambio ni sucesión.
 - [21.](#) Jn 14, 6.
 - [22.](#) Ibid., 6, 44.
 - [23.](#) San Agustín, *Comentarios al salmo 22*.
 - [24.](#) 1 Jn 1, 3.

III. Mantener y perfeccionar la unión

Para que se perpetúe la unión de nuestra alma con la santa Humanidad de Nuestro Señor y la adorable Trinidad, basta con permanecer en estado de gracia. Solo el pecado mortal puede romper esta unión permanente. Pensemos en ello o no, estamos incorporados a Cristo, vivimos de Él.

Pero los frutos que sacamos de esta unión son muy distintos según sea consciente o inconsciente, es decir, según nuestra alma esté atenta o distraída de la presencia de Dios en ella. Podemos estar unidos a Dios como el niño está unido a su madre cuando duerme en sus brazos; o como el Apóstol amado en la noche de la Cena, recostado con amor sobre el Corazón del Maestro, cuyos secretos escucha.

Sin duda, la primera unión, la inconsciente, ya es muy valiosa. ¡Pero cuánto más perfecta es la segunda! Solo ella lleva a la perfección, a la santidad. No podemos aprovechar plenamente los infinitos recursos de la comunión si la unión que esta ha establecido no es renovada constantemente por nuestra libre voluntad, queriéndola sin cesar o, para usar el lenguaje de los teólogos, haciéndola cada vez más actual. No nos contentemos con un amor vivo: busquemos un amor despierto, siempre activo, cuya ambición sea llegar a vivir sin cesar por Jesús con la adorable Trinidad.

Esto sería relativamente fácil si nuestra vida hubiera de transcurrir apacible a los pies del sagrario, sin ser jamás solicitada por las ocupaciones exteriores. Pero está lejos de ser así para la mayoría de nosotros. Después de la comunión debemos volvernos hacia nuestros hermanos para las relaciones necesarias, hacia los deberes de nuestro estado y hacia ocupaciones a veces absorbentes. A cada uno de nosotros la Providencia le ha fijado su tarea: Cristo no viene a nosotros para apartarnos de ella, sino para ayudarnos a cumplirla. Y quiere que la abor-

demos con franqueza.

Pero entonces surge una grave dificultad.

¿Hay que interrumpir la contemplación de los adorables misterios que la comunión ha instaurado en nuestra alma? ¿Dejaremos a Dios para ponernos al servicio del prójimo? O, si hay que seguir permaneciendo con Dios, ¿cómo unir la actividad exterior y la contemplación interior? En una palabra, ¿cómo llevar la necesaria vida de fuera sin disminuir la vida de dentro?

Intentemos explicarlo exponiendo cómo deben tender nuestros esfuerzos:

- a) primero, a mantener la unión con Dios en medio de nuestras ocupaciones y en los diferentes estados por los que pasamos de ordinario;
- b) luego, a perfeccionar esta unión.

* * *

Enséñame, Señor, el camino de Tus preceptos, para que lo guarde hasta el fin de mi vida.

Dame inteligencia para que guarde Tu ley y la observe de todo corazón.

Inclina mi corazón hacia Tu enseñanza. Hazme vivir en Tu camino.

Deseo ardientemente practicar Tus ordenanzas: por Tu justicia, hazme vivir.

Sal 118

¡Conocimiento de Dios! ¡Oh gozo de los gozos, Señor! Es él quien va primero; el amor viene después: el amor transformador. Quien conoce en la verdad, ese ama en el fuego.

Beata Ángela de Foligno

I. Mantener la unión

1. Nuestro modelo

Aquí, como en todas las cosas, Jesús es nuestro modelo acabado. Él mismo permaneció siempre en Su Padre: *Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí* ¹. La unión de Su santa alma con el Verbo, y por consiguiente con el Padre y el Espíritu Santo, fue siempre perfecta. Acostado sobre la paja de Belén, inclinado sobre el banco de Nazaret, caminando por los senderos de Judea o colgado de la cruz, podía decir siempre: estoy en mi Padre.

Estaba en Él por Su pensamiento, que ningún trabajo ni sufrimiento pudo apartar de Dios ni por un instante. Su santa alma no dejó de contemplar los esplendores de la visión beatífica. Todo lo que veía en la tierra, lo veía en la luz divina; nunca estimó ni juzgó nada sino en el eterno pensamiento del Padre: *Según lo que oigo, juzgo... Las cosas que digo, las digo como mi Padre me las enseña* ².

Estaba en Él por Su voluntad, siempre tan íntimamente unida a la voluntad del Padre que jamás deseó, ni amó, ni buscó sino lo que buscaba, amaba y deseaba el Padre: *El que me ha enviado está conmigo: no me deja solo, porque yo hago siempre lo que Le agrada* ³.

Estaba en Él por Su amor. Su Sagrado Corazón ardía por Su Padre con un amor inmenso, el más puro, el más desinteresado, el más intenso posible. Todos Sus pensamientos, todos Sus actos, todo Su ser venía a resolverse en un acto permanente de amor inefable: *Amo a mi Padre*, decía ⁴.

Aquel a quien los judíos veían trabajar como un obrero, caminar como uno de ellos, soportar la fatiga, tener hambre, tener sed, sufrir, Aquel estaba siempre en el Padre, inmutablemente apacible, indeciblemente feliz.

Tal es el primer modelo del alma cristiana.

* * *

Oh Jesús, que vives en María, ven y vive en Tus siervos, por Tu Espíritu de santidad, en la plenitud de Tu poder, en la realidad de Tus virtu-

des, en la perfección de Tus caminos, en la comunión de Tus misterios, y domina todo poder enemigo por Tu Espíritu, para gloria del Padre.

M. Olier

2. Una condición principal de la vida de unión: el recogimiento

El ideal propuesto al que comulga es, pues, vivir sin cesar con Dios, en Dios. Para alcanzarlo, es necesario ante todo practicar el recogimiento.

El alma se recoge cuando, reuniendo todas sus potencias, entra en sí misma para encontrar allí a Dios. Evitar las conversaciones inútiles, huir de las diversiones mundanas, reservarse en lo posible horas de silencio es el deber (un deber elemental) de cualquiera que aspire a vivir como verdadero cristiano.

Es una ilusión peligrosa esperar llevar a la vez la vida de piedad y la vida propiamente mundana. Hay que elegir: o Dios o el mundo. *Atraigo el alma a la soledad: allí le hablaba yo al corazón* ⁵.

Pero el silencio exterior no basta. ¿De qué sirve imponerle a la lengua que calle, si las voces interiores arman estruendo? Es necesario establecerse en el silencio interior, es decir, desterrar las preocupaciones, los pensamientos inútiles, las ensoñaciones y todo ese vano trabajo de la imaginación que a menudo turba un corazón más profundamente que largas conversaciones. Dar libertad a la imaginación, entretenerse en vano con los recuerdos de la vida pasada, distraerse en pensamientos inútiles, construir castillos en el aire, entregarse a la inquietud por el porvenir: todo eso tiende un velo entre Dios y el alma, pone obstáculo a la unión perfecta.

Hay por desgracia almas que, aunque cumplen los deberes esenciales de la vida cristiana y poseen de ordinario el estado de gracia, llevan una vida mediocre, sacan poco fruto de su unión habitual con Dios y terminan incluso por perder su vocación a la santidad, por falta de recogimiento y de silencio. Dios está en ellas, pero ellas no saben permanecer con Él.

El Salmista decía: *Mi alma está siempre en mis manos: por eso no he olvidado Tu ley* ⁶. Palabra luminosa que esclarece una obligación fundamental: mantenerse en plena posesión de sí ante la adorable Trinidad.

El cristiano debe velar con celoso cuidado para no abandonar jamás, ni por un instante, el gobierno de sus potencias interiores. El vano trabajo de la imaginación tiene por resultado dispersar las fuerzas del alma que, debilitada y tironeada en sentidos diversos, es incapaz de entregarse, como debería, al solo ejercicio del amor. El fin del recogimiento es recobrar esas fuerzas dispersas y perdidas en un vano derroche, y volver a llevarlas a Dios. Restablecida en la posesión de sí misma y en la unidad, el alma puede entonces conversar con sus Huéspedes, las tres divinas Personas, que no cesan de invitarla a secretas conversaciones: *Escucha, hija mía, mira y presta oído: olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y el Rey se prenderá de tu hermosura. Él es tu Señor: ríndele homenaje* ⁷.

¿Quieren ustedes oír a Dios? Hagan callar a todas las criaturas y vuélvanse hacia Él. «El Padre ha pronunciado una Palabra. Es Su Verbo y Su Hijo. Lo pronuncia eternamente y en un eterno silencio. Y es en ese silencio donde el alma Lo oye ⁸».

«La ley de la oración, dice la Beata Ángela de Foligno, es la unidad. Dios exige la totalidad del hombre y no una parte de él. La oración pide el corazón entero y, si se le da una parte del corazón, no se obtiene nada... Sepan que nada les es necesario, nada, excepto Dios. Encontrar a Dios, recoger en Él sus potencias, eso es lo único necesario. Para este recogimiento hay que cortar todo hábito superfluo, toda curiosidad superflua, toda ocupación y operación superflua. En una palabra, es menester que el hombre se separe de todo lo que divide.»

Siga, pues, el cristiano el consejo de santa Catalina de Siena, que gustaba de recomendar a sus discípulos que se construyeran una celda interior, donde vivirían con Dios solo, ocupados de *lo único necesario* ⁹. Allí, que mantenga siempre su alma entre sus manos. Que diga, como la esposa del Cantar en busca del Amado: *Nescivi: ya no sé nada* ¹⁰; lo

he olvidado todo, salvo Dios y las cosas de Dios. O como san Pablo: por Su amor lo he perdido todo, para ganarlo a Él, a Cristo mi Señor, y hallarme en Él ¹¹.

«Si alguien quiere llegar al estado de unión, es absolutamente necesario que se desprenda a fondo de todas las cosas, y luego que se recoja por entero dentro de sí: allí, que no tenga ningún otro objeto ante los ojos de su espíritu sino a Jesús cubierto de llagas; y que se aplique así, con cuidado y con todas sus fuerzas, a penetrar por Él en Él; por Él, hombre, en Él, Dios; por las llagas de la Humanidad hasta el santuario íntimo de la Divinidad ¹²».

* * *

Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y apacible como si ya mi alma estuviera en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Ti, oh mi Inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de Tu misterio.

Pacifica mi alma. Haz de ella Tu cielo, Tu morada amada y el lugar de Tu descanso. Que jamás Te deje allí solo, sino que esté allí toda entera, toda despierta en mi fe, toda adorante, toda entregada a Tu acción creadora.

Oh mi Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para Tu Corazón. Quisiera cubrirte de gloria, quisiera amarte hasta morir. Pero siento mi impotencia y Te pido que me revistas de Ti mismo, que identifiques mi alma con todos los movimientos de Tu alma, que me sumerjas, que me invadas, que Te sustituyas a mí, a fin de que mi vida no sea sino un irradiar de Tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándote. Quiero hacerme enteramente enseñable a fin de aprenderlo todo de Ti. Luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de

todas las impotencias, quiero fijar en Ti la mirada siempre y permanecer bajo Tu gran luz. Oh mi Astro amado, fascíname para que ya no pueda salir de Tu resplandor.

Oh Fuego consumidor, Espíritu de amor, desciende sobre mí a fin de que se haga en mi alma como una encarnación del Verbo; que yo sea para Él una humanidad de añadidura en la cual renueve todo Su misterio.

Y Tú, oh Padre, inclínate sobre Tu pequeña criatura, no veas en ella sino al Amado en quien has puesto todas Tus complacencias.

Oh mis Tres, mi todo, mi bienaventuranza, Soledad infinita, inmensidad en que me pierdo, me entrego a Ti como una presa; sepúltate en mí para que yo me sepulte en Ti, mientras espero ir a contemplar en Tu luz el abismo de Tus grandezas.

Sor Isabel de la Trinidad

3. En el trabajo

NUESTRO MODELO. Jesús vino a la tierra para trabajar. Toda Su vida transcurrió en el cumplimiento de una tarea: soy pobre y desde mi juventud estoy en los trabajos ¹³. Se entregó a ellos sin reserva, y nada pudo jamás retenerlo ni retrasarlo en el cumplimiento de Su obra, nada, ni siquiera el afecto filial que profesaba a Su santa Madre: *¿Por qué me buscan?*, le dijo. *¿No saben que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?* ¹⁴ Amaba Sus trabajos, y para cumplirlos quiso establecerse en una santa libertad.

INTENCIONES DEL TRABAJO. Su trabajo era un acto de adoración del Padre celestial, un reconocimiento de Sus derechos soberanos. Ante todo, Jesús quiso servir a Dios porque tal es el deber de toda criatura. *Estoy en medio de ustedes como un servidor... El Hijo del hombre vino no para ser servido, sino para servir* ¹⁵. Su honor y Su alegría eran ponerse al servicio divino. Cualquiera que fuera la forma de Su actividad exterior, ya fuera escuadrar la madera con Su padre adoptivo, predicar a

las multitudes, hacer largas caminatas o llevar la cruz, Su trabajo se cumplía con una religión llena de amor, una humildad inexpresable y con el propósito de glorificar a Dios.

Así, la noche de la Cena podrá darse a Sí mismo el testimonio de haber cumplido Su tarea: Padre santo, *he acabado la obra que me diste que hiciera: Te he glorificado sobre la tierra* ¹⁶. Trabajaba para Su Padre, porque Lo amaba. El amor Lo arrastraba: *¡Para que el mundo sepa que amo a mi Padre!* ¹⁷, dice en el momento de emprender Su gran obra, la Pasión.

Para Él, trabajar era, pues, cumplir la justicia: primero, porque Su santa Humanidad debía gastarse en el servicio de Aquel que la había dotado tan ricamente y tan gratuitamente; y también porque había venido acá abajo como reparador, como penitente universal. Habiendo tomado sobre Sí todos nuestros pecados, la reparación se volvía Su obra, el trabajo Su suerte: el trabajo penoso, duro, doloroso. Por eso experimentaba una alegría inmensa en gastarse sin medida, en trabajar sin descanso. El trabajo era Su alimento, un festín para Su corazón: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo Su obra* ¹⁸.

El cristiano debe tener los mismos sentimientos que Cristo Jesús ¹⁹, unir sus intenciones a las del divino Obrero. Ante todo, amemos el trabajo porque es el servicio de Dios: que sea un acto de justicia, una obra de religión, una profesión de humildad y de dependencia, el reconocimiento de los derechos soberanos del Creador sobre Su criatura.

Luego, amemos la fatiga y el dolor que nacen del trabajo: porque es justo y bueno que el pecador expíe sus desórdenes. Si Jesús, el Cordeiro sin mancha, quiso penar tanto por haber revestido solamente la semejanza del pecado, ¿cuál no debe ser el trabajo del verdadero pecador?

CÓMO TRABAJAR. Es esencial notar que, al ir a Sus trabajos, Jesús permanecía con Su Padre. Sería cometer un gran error creer que, al dejar Nazaret para abrazar Su ministerio apostólico, Jesús disminuyó la

amplia parte que acostumbraba dar a la oración. No, Su vida activa nunca menoscabó Su vida contemplativa. En lo profundo de Su santa alma subsistía siempre el mismo fondo íntimo y permanente, la contemplación y el amor de Su Padre, sobre el cual se apoyaban todos Sus estados y florecían todos Sus misterios. La parte que dio a Su Padre durante los treinta años de Su vida privada fue más exclusiva, pero no más abundante que la que Le dio durante Su vida pública. Al dejar Nazaret, añadió duros trabajos, pero no abandonó nada de Su vida íntima.

Así, en nuestros trabajos, permanezcamos con Dios. Suprimamos en lo que podamos las diferencias entre el tiempo de la oración y el tiempo del trabajo. Hay que conversar siempre con nuestros Huéspedes interiores. *Cualquier cosa que hagan, de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando por Él gracias a Dios Padre* ²⁰.

Poco importa el género de trabajo: afanémonos, estudiemos, hablemos, comamos, pero jamás dejemos de amar a Dios.

Si se trata de hacer el bien al prójimo, no dejemos a Dios para ir a nuestros hermanos, sino más bien llevemos a Dios a nuestros hermanos. Recordemos la ley fundamental que gobierna la acción cristiana: todo apostolado que no toma su fuente en una abundante contemplación es infecundo y hasta puede volverse nocivo para quien lo ejerce. Toda vida activa que se desarrolla en detrimento de la vida interior va contra la voluntad de Dios. Que jamás la parte dada al prójimo disminuya la parte dada a Dios. Que nuestra acción no se separe de nuestra contemplación, sino que sea todavía nuestra contemplación que se exterioriza, que se derrama en el alma de nuestros hermanos.

Si, pues, alguien, empujado por un exceso de actividad, aunque fuera con intención de caridad fraterna, se ha echado encima un exceso de quehaceres y se ha impuesto trabajos que le hacen perder habitualmente el recogimiento interior y ahogan su vida íntima, que se apresure a recortarlos, recordando la palabra de san Bernardo: *Maledicta occupatio quæ te retrahit a Deo*: ¡maldita la ocupación que te aleja de Dios!

En la Iglesia, la acción es necesaria, pero la contemplación lo es mucho más.

* * *

¡Padre santo! Por ese amor con que has hecho reflejar sobre mí la luz de Tu rostro, concédeme avanzar en Ti por toda suerte de santidad y de virtud.

¡Oh Cristo! ¡Oh Jesús! Por ese amor que Te llevó a rescatarme con Tu propia sangre, revísteme de la pureza de Tu vida santísima.

¡Oh divino Paráclito! Tú, cuyo poder iguala a Tu santidad, por ese amor que Te llevó a encadenarme a Ti cuando me impusiste un nombre enteramente espiritual, concédeme amarte con todo mi corazón, adherirme a Ti con toda mi alma, agotar todas mis fuerzas amándote y sirviéndote, vivir según Tu intención y, dispuesto por Ti, ser admitido a la hora de mi muerte, con un vestido sin mancha, a las bodas divinas que Tú preparas.

Santa Gertrudis

4. En la tentación

¿Es más difícil mantener la unión en la tentación?

No, si sabemos mantenernos en la fe y recordar que Dios a veces *se oculta en las tinieblas* ²¹. Se oculta en nuestros corazones y permite que el demonio se nos acerque. Pero permanece en nosotros.

Hay en la vida de santa Catalina de Siena un hecho fecundo en luz. Catalina acababa de ser sometida a tentaciones contra la pureza sumamente humillantes y de una violencia inaudita. Pasada la tormenta, Nuestro Señor aparece: «Señor, exclama ella, ¿dónde estabas Tú, pues, cuando mi corazón era atormentado por tantas impurezas?». «Yo estaba en tu corazón». «¡Ah, Señor! Tú eres la verdad misma y me inclino ante Tu Majestad. Pero ¿cómo puedo creer que estabas en mi corazón cuando estaba lleno de pensamientos tan detestables?». «Esos pensa-

mientos y esas tentaciones, ¿te causaban alegría o tristeza, placer o pena?».

«Una gran tristeza y una gran pena». «Sabe, hija mía, que sufrías porque yo estaba oculto en medio de tu corazón. Si hubiera estado ausente, esos pensamientos te habrían penetrado y alegrado, pero mi presencia te los hacía insoportables. Yo actuaba en ti; defendía tu corazón contra el enemigo. Jamás he estado más cerca de ti.»

Estas divinas palabras nos trazan la línea de conducta que hay que seguir en la tentación: mantenerse estrechamente unido a Jesús. Cuando el demonio ataca nuestra vida sobrenatural, ¿a quién ataca en definitiva, sino a Dios mismo? Es a Cristo en nosotros a quien persigue todavía y a quien querría crucificar de nuevo. Es la vida de Cristo en nosotros lo que quiere apagar. El secreto de la victoria no está en agitarlos, en rechazar directamente las sugerencias del Maligno o discutir sus artificios, sino en adherirnos con toda nuestra voluntad a Aquel que ya lo ha vencido y que está más empeñado que nosotros mismos en salvar la vida que nos comunica. Es más que nunca el momento de practicar el consejo de san Pablo: *Caminen en Jesucristo, arraigados en Él, edificados sobre Él, afianzados en la fe* ²².

Quien, sin turbarse, permanece unido a Cristo, se hunde en Él y confía en Él, no puede ser vencido por el demonio. *Porque Aquel que está en ustedes es más grande que el que está en el mundo* ²³... *Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no temerá. Aunque se entable contra mí el combate, aun entonces tendré confianza: Yahvé me ocultará en el secreto de Su tienda* ²⁴.

Después de haber pedido la gracia de permanecer siempre unida a Dios, santa Teresa añade: «Entonces no tendré sino desdén y desprecio para todos los demonios, y serán ellos los que tendrán miedo de mí. No comprendo esos temores que hacen gritar: ¡el demonio! ¡El demonio!, cuando podemos decir: ¡Dios! ¡Dios!»

La unión confiada con nuestros Huéspedes interiores es, pues, la salvación en la tentación, pues ningún poder es capaz de arrancar a Dios

un alma sin que esta lo quiera: ¿quién nos separará del amor de Cristo?... En todas las pruebas, somos más que vencedores por Aquel que nos ha amado. Pues tengo la seguridad de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo Nuestro Señor ²⁵.

* * *

Yahvé es mi luz y mi salvación:

¿A quién temeré?

Yahvé es el baluarte de mi vida:

¿De quién tendré miedo?

Cuando los malvados se han lanzado contra mí para devorar mi carne,

Cuando mis enemigos se han lanzado,

Ellos son los que han vacilado y han caído...

Yahvé me abriga en Su morada en el día de la adversidad.

Me oculta en el secreto de Su tienda,

Me establece sobre una roca...

... Sí, alma mía, abandónate en paz a Dios,

Pues de Él viene mi esperanza.

Sí, Él es mi fuerza y mi salvación,

Él es mi fortaleza: no vacilaré.

Sal 26 y 61

5. En el sufrimiento del cuerpo

Sufrir es necesario.

Está escrito de nuestra cabeza: *Era necesario que Cristo padeciera, y así podía entrar en Su gloria* ²⁶. Esto vale también de los miembros. *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús tendrán que sufrir persecución* ²⁷. Subimos al cielo como se sube a un calvario, llevando la cruz: *Si alguien quiere caminar tras de mí, renuncie a sí mismo, tome su*

cruz y me siga ²⁸.

Es, pues, esencial saber sufrir.

No todo dolor es bueno. Los hay inútiles, otros dañinos. Algunas almas buenas tienen una tendencia enfermiza a buscar el sufrimiento por sí mismo, a amarlo, a complacerse en él. Van contra los designios de Dios al olvidar que el sufrimiento nunca es un fin, sino siempre un medio, uno de los procedimientos para hacer brotar el amor. Es la disposición íntima del que sufre la que lo hace santo y meritorio. No es obra de Dios, sino del pecado. Si el amor no lo penetra para rehabilitarlo y hacerlo servir a la purificación de nuestra naturaleza pecadora, sigue siendo un fruto diabólico. En el Calvario había, a cada lado de Cristo, un ladrón crucificado: a uno, el dolor le abrió el paraíso; al otro, que consumaba su malicia, fue para él el preludio de la eterna miseria.

Se trata, pues, no tanto de sufrir como de sufrir bien, en conformidad con la voluntad divina, de sufrir con Cristo y como Cristo.

Ahora bien, en este camino real de la Cruz tenemos que recorrer como tres etapas: sufrimientos del cuerpo, dolores del corazón, desolaciones del alma.

Primero, los sufrimientos del cuerpo: *Ofrezcan sus cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios* ²⁹.

El sufrimiento afecta sobre todo al cuerpo y a las potencias inferiores del alma, mientras que el dolor propiamente dicho alcanza el corazón. Es la primera participación del cristiano, participación todavía elemental, en la santa Pasión de Cristo. Sin embargo, puede alcanzar un grado ya muy elevado, pues hay sufrimientos corporales, achaques, enfermedades, etc., cuya carga puede hacerse muy dura para la naturaleza y, por lo mismo, muy meritoria para el alma y muy glorificadora para Dios.

En este camino Jesús nos ha precedido y ha avanzado más lejos de lo que nosotros podremos ir jamás.

Porque venía con miras al Calvario, el Espíritu Santo dispuso espe-

cialmente Su Humanidad para el sufrimiento, Le dio un cuerpo de una delicadeza exquisita y de una extrema sensibilidad, a fin de que fuera capaz de sufrir en exceso. Su misma perfección llevaba Su capacidad de sufrir a medidas inauditas. En efecto, en los días de la Pasión hubo como un desbordamiento de sufrimientos y de torturas. Isaías no sabe cómo describirlo:

Muchos quedaron atónitos al verlo, tan desfigurado estaba, no siendo Su aspecto ya el de un hombre,

ni Su rostro el de los hijos de los hombres...

No tiene forma ni belleza.

Era como un objeto ante el cual uno se cubre el rostro.

Era blanco del desprecio y no hicimos de Él caso alguno...

Agradó a Yahvé quebrantarlo con el sufrimiento ³⁰.

¿Qué hacer cuando nos llega el turno de sufrir?

Mantenerse estrechamente unido a Aquel que tanto sufrió.

Es a la vez lo más fácil y lo más consolador. Recordaremos que somos los miembros de Cristo y que debemos continuar Su Pasión, participando primero en los sufrimientos y en las llagas de Su divino cuerpo. Hoy, Su gloria tan caramente comprada Lo pone en la imposibilidad de sufrir. Pero lo que no puede soportar en Su Humanidad personal, quiere soportarlo en «Su humanidad de añadidura», en nosotros mismos, y continuar así Su Pasión.

Más aún, ¿no parece que quiere extender hoy la humillación de esa bendita Pasión más allá de los límites que Su perfección Le impedía franquear en otro tiempo? Pues, si soportó durante Su vida mortal sufrimientos que nosotros nunca soportaremos, hay otros que no pudo conocer por experiencia, por ejemplo la enfermedad. Lo que no pudo soportar Él mismo, lo soportará en nosotros, entra en nuestra vida, nos incorpora a Sí mismo a fin de que podamos sufrir, no solo por Él, sino verdaderamente con Él y en Él. En verdad podemos decir: *Con Cristo estoy clavado en la cruz* ³¹.

Todo sufrimiento bien llevado apresura la obra de Dios en noso-

tros. Nada santifica más. Acaba nuestra semejanza íntima con Jesús. Realiza la obra maravillosa de que habla san Pablo: *la formación de Cristo en nosotros* ³²... *Mientras nuestro hombre exterior se va deshaciendo, nuestro hombre interior se renueva de día en día* ³³. «Cada dolor, dice monseñor Gay, es como un beso que el crucifijo nos da y un nuevo rasgo de semejanza que tenemos con Jesús.»

Apoyado en tales certezas, ¿quién no soportaría, no solo con paciencia, sino con santa alegría del alma, las peores pruebas? *Sobreabundo de gozo en mis tribulaciones*, decía san Pablo... *Estoy lleno de gozo en mis sufrimientos, pues completo en mi propia carne lo que falta a la Pasión de Cristo, por Su cuerpo, que es la Iglesia* ³⁴. Por eso felicitaba a los cristianos a quienes Dios probaba: *Es una gracia que Dios les concede, por consideración a Cristo, no solo creer en Él, sino también sufrir por Él* ³⁵.

Nuestra meta debe ser, sufriendo con Jesús y en Jesús, poder hacer nuestras estas otras palabras del gran Apóstol: *Estamos oprimidos de todas maneras, pero no aplastados; en la angustia, pero no en la desesperación; perseguidos, pero no abandonados; debilitados, pero no perdidos; llevando siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo. Pues nosotros, que vivimos, somos entregados sin cesar a la muerte a causa de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo... Nuestra leve aflicción del momento presente produce para nosotros, más allá de toda medida, un peso eterno de gloria* ³⁶.

Cada sufrimiento, en efecto, es una semilla de eternidad.

* * *

Oh Señor mío Jesús, creo y, por Tu gracia, quiero creer y profesar siempre, y sé que es verdad y que será verdad hasta el fin del mundo, que nada grande se hace sin sufrimiento, sin humillación, y que todas las cosas son posibles por estos medios. Creo, oh Dios mío, que la pobreza vale más que las riquezas, la pena más que el placer, la oscuri-

dad y el desprecio más que la fama, y la ignominia más que los honores.

Señor mío, no Te pido que me infligas estas pruebas, pues no sé si podría soportarlas. Pero al menos, oh Señor, ya esté en la prosperidad o en la adversidad, quiero creer lo que he dicho. No quiero poner mi fe en las riquezas, el rango, el poder y la reputación. No quiero asentar mi corazón en los éxitos de este mundo, ni en sus ventajas. No quiero desear lo que los hombres llaman los bienes de la vida. Por Tu gracia, quiero, por el contrario, estimar mucho a los que se descuida o desdeña, honrar a los pobres, reverenciar a los que sufren, admirar y venerar a Tus confesores y a Tus santos, y escoger mi parte entre ellos a pesar del mundo.

Y por último, oh mi querido Señor, aunque soy tan débil que no puedo pedirte el sufrimiento como un don, y no tengo la fuerza para hacerlo, Te pediré al menos la gracia de acogerlo bien cuando, en Tu sabiduría y en Tu amor, me lo envíes.

Deseo humillarme en todas las cosas, no responder a las malas palabras sino con el silencio y guardar la paciencia cuando la pena o el sufrimiento se prolonguen, y todo esto por amor a Ti y a Tu cruz, sabiendo que, de esta manera, mereceré las promesas de esta vida y de la vida eterna.

San John Henry Newman

6. En el dolor del corazón

Es la segunda etapa. Muy diverso en sus causas y en sus modos, el dolor alcanza directamente el corazón: penas, disgustos, separaciones, desgarramientos, tristeza hasta la agonía.

Es más temible para la naturaleza que el sufrimiento, más purificador porque obliga a renunciaciones más duras y, por lo mismo, más rico en frutos de santidad. Se entra mucho más adentro en la Pasión de Cristo por el dolor que por el sufrimiento. Los sufrimientos corporales de Je-

sús fueron atroces: pero ¿quién dirá la profundidad de Su dolor, de la agonía de Su Corazón? Porque fue un abismo de amor, ese Corazón sagrado fue un abismo de dolor. Se sabe con qué nombre llama Isaías a Cristo: el hombre de dolores. Su vida terrena fue una larga agonía que mantenían Su ciencia, Su santidad y Su amor infinitos. Desde la encarnación comenzó esta agonía, ya aplastante, para alcanzar su paroxismo en los días de la Pasión. Indecible martirio de treinta y tres años que agotaba a toda hora Su capacidad de sufrir. *Habitó en el dolor* ³⁷.

Quien aspira a la unión perfecta debe entrar valerosamente en el dolor de Cristo Jesús y soportar con Él todas las penas, los desgarramientos y las agonías del corazón. San Pablo deseaba conocerlo a Él, entrar en comunión con Sus dolores y hacerse conforme a Él en Su muerte ³⁸.

Al que cree le resulta entonces bastante fácil permanecer en Dios, pues, en cualquier pena en que entre, en cualquier agonía a la que sea empujado, aunque sea extrema y sin remedio, siempre encontrará ante sí a Jesús, cargado con la misma pena, sufriendo la misma agonía, y otras mucho más terribles aún, que Él santifica y diviniza, a fin de que, habitando con Él en el dolor, no dejemos de permanecer en el amor.

* * *

¡Aleluya!

Mi corazón está dispuesto, Señor.

Cantaré, haré resonar la alabanza: esa es mi gloria.

¡En pie, lira mía!

¡Despierta, arpa mía!

Quiero alabarte, oh Señor, porque Tu bondad se eleva por encima de los cielos y Tu fidelidad hasta las nubes...

Ven en nuestra ayuda en la tribulación.

El socorro del hombre no es sino vanidad: pero con Dios haremos

grandes cosas.

Quiero cantar eternamente las misericordias del Señor.

¡Aleluya!

Salmos

7. En las desolaciones del alma

En ciertas horas, Dios en persona parece tomar partido contra nosotros y nos obliga a combates terribles. Los dolores que Él nos envía entonces son, de todos, los más altos y los más terribles. Son también los más raros, pues la mayoría es incapaz de conocerlos. Lo consumen todo.

Al comienzo, el sufrimiento tenía por fin satisfacer la divina justicia y probar el amor: los dolores presentes deben marcar el alma con el sello supremo de la perfección, imprimirle la suprema semejanza con Cristo.

Vienen directamente de Dios. Su raíz profunda es la infinita santidad de Dios; su causa inmediata, los misteriosos y terribles procedimientos del Espíritu Santo que, queriendo hacer participar al alma de *la eterna y soberana Pureza*, la toma, la despoja, la quebranta, la abandona, la retoma, la tritura de nuevo, la ahoga en la amargura y le inflige mil heridas sin nombre hasta la transformación completa. Es Dios mismo quien actúa sin intermediario para alcanzar las profundidades secretas, hasta ese último fondo del alma que solo Él puede escrutar, para examinar rigurosamente todas las potencias del espíritu y todos los pliegues del corazón:

Viva es la palabra de Dios; es eficaz, más aguda que una espada de dos filos; tan penetrante que llega hasta separar el alma del espíritu, hasta entrar en las junturas y en las médulas; discierne los sentimientos del corazón y sus pensamientos ³⁹.

En estas horas, todo es doloroso, incluso el recuerdo de las gracias recibidas en otro tiempo, pues el Espíritu Santo derrama en el alma

una luz secreta y muy pura que, iluminándola por una parte sobre su miseria y por otra sobre la grandeza de Dios, arroja todo lo demás en una noche profunda, hace desplomarse todos los apoyos naturales, la sitúa en una desoladora soledad frente al Santísimo, y la sumerge en unas tinieblas espirituales muy temibles, a menudo incluso en un terror lleno de angustia. Es Dios quien quiere purificarlo todo, *porque nuestro Dios es un fuego devorador* ⁴⁰.

¿Qué hacer entonces? Entregarse a la acción divina. Resistirle sería dañino y, además, la mayoría de las veces, imposible. Puesto que es el Espíritu Santo mismo quien actúa, permanecer en este dolor purificador es todavía permanecer en Dios.

La unión con Cristo Jesús y con Su Pasión es más útil que nunca. Por grande que sea la desolación del alma, nunca se acercará al absoluto abandono de la santa alma de Cristo en las horas espantosas en que se Le oía gemir: *Mi alma está triste hasta la muerte... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* ⁴¹, y en que se veía a Dios Padre «soltando contra este Hijo amado todo el poder de los infiernos y pareciendo retirar al mismo tiempo toda la protección del cielo ⁴²». *Su dolor*, dice el Profeta, *es inmenso como el mar* ^{43 44}.

Pero hay que decirse bien que incluso la unión con Jesús, de ordinario tan dulce y tan consoladora, está entonces como helada, muda y dolorosa. El corazón no la siente. Es en la fe donde ella calla. Es en la fe donde el alma debe mantenerse unida y en cierto modo aferrada a Dios. La fe es el único refugio, *el reino incommovible* ⁴⁵ de que habla san Pablo: *Es en la fe donde nos mantenemos en pie*.

Más que nunca, la pobre alma desamparada debe creer en el gran amor con que Dios nos ha amado ⁴⁶ y, como Moisés, permanecer inquebrantable en su fe como si viera lo invisible ⁴⁷. Debe creer que nunca Dios la ha amado tanto como en esos momentos en que parece rechazarla, y que nunca ha estado tan presente en ella: «Cuanto más te creas abandonada, decía Nuestro Señor a la beata Ángela de Foligno, más eres amada y estrechada contra Él... Oh amada mía, sabe que en

este estado, Dios y tú son más íntimos el uno para el otro que nunca.» Retomemos entonces la palabra de san Juan: *Nosotros, por nuestra parte, creemos en el amor de Dios* ⁴⁸.

En estas horas benditas de desolación interior o, por mejor decir, de purificación sobrenatural, se cumplen grandes cosas: el Amor consuma la unión del alma con su Dios, según lo que Él prometió: *En la fe te desposaré con una unión eterna* ⁴⁹. Así, cumplida la obra de purificación, la esposa aparece revestida de pureza, de alegría y de fuerza: *¿Quién es esta que sube del desierto? Va rebosante de delicias y apoyada en su Amado* ⁵⁰.

En resumen, cuando está en la prueba, el alma no tiene más que mantenerse estrechamente unida a Cristo Jesús y, por las llagas de Su santa Humanidad, penetrar en la Divinidad.

El alma sacrificada es un holocausto, una hostia. Que consienta en ello: no solo su holocausto se une al holocausto de Jesús, sino que se funde en el Suyo: llega a ser para Dios, con Jesús, un único holocausto gloriosísimo. Toda la Trinidad pone en ella Sus complacencias: el Padre, reconociendo en ella los rasgos de Su Hijo amado, le derrama Su inefable ternura; el Verbo, viéndola proseguir Su Pasión redentora, la atrae como a una esposa escogida; el Espíritu Santo ama en ella un instrumento perfecto de Su gracia para la santificación de la Iglesia y se hace su inspirador y su gobernante.

No nos quejemos, pues, de sufrir. Vayamos a la cruz con la espontaneidad de Jesús, que se ofreció a Sí mismo como una hostia de suave olor ⁵¹. «Si los celos pudieran penetrar en el reino del amor eterno, dice san Francisco de Sales, los ángeles envidiarían los sufrimientos de un Dios por el hombre y los del hombre por Dios.»

Bienaventurado dolor, bienaventurada muerte que permite decir con el Apóstol: *He sido crucificado con Cristo y, si vivo, ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí. Lo que vivo ahora en la carne, lo vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a Sí mismo por mí* ⁵².

Oh Dios, sálvame, pues las aguas suben hasta mi alma.

Me hundo en el barro del abismo y no hay donde asentar el pie.

He caído en un pozo de agua y las aguas me sumergen.

Me agoto de gritar. Mi garganta está en llamas. Mis ojos se consumen esperando a mi Dios...

¡Oh Dios, Tus caminos son santos!...

¡Bendice, alma mía, al Señor!

¡Que todo lo que hay en mí bendiga Su santo nombre!

¡Bendice, alma mía, a Yahvé!

Es Él quien perdona todas las culpas y sana todas las dolencias.

Por Él, tu juventud renovada toma el vigor del águila.

Su bondad es eterna.

¡Dichoso el que confía en el Señor!

¡Aleluya!

Salmos

8. En la alegría

Importa soberanamente vigilar nuestras alegrías.

¿Qué es, en efecto, la alegría, sino el florecimiento del alma en la posesión de lo que ama? La naturaleza de nuestra alegría manifiesta la naturaleza de nuestro amor, su pureza, la pureza de nuestro corazón. Es necesario, pues, velar con exacto cuidado para no alejarnos de Dios en la alegría y practicar la palabra de san Pablo: *Tengan en ustedes los mismos sentimientos que animaban a Cristo Jesús* ⁵³. Alegrarnos con Jesús y solo de lo que Le alegra, sea en nosotros, sea en el prójimo, sea en Él mismo. En todas las cosas necesitamos mantenernos en Dios, pero sobre todo en la alegría y en el amor.

La fuente de la alegría

Las criaturas nos dan alegrías. Algunas, las de la amistad, por ejemplo, son exquisitas. No está prohibido gustarlas, pues vienen de Dios. Pero cuidemos de referirlas a Dios. No amemos nada fuera de Él. No amemos nada sin Él. Amemos a todos los seres como Él los ama. Amémoslos en Él. Esta unión con Dios hará nuestras alegrías puras, seguras y soberanamente libres.

Pero estas alegrías no son más que secundarias. Para el cristiano, la alegría fundamental es saber que Dios es. ¡Dios existe! El Infinito, el Ser esencial y necesario. Causa de todo, la Verdad, la Belleza, el Bien, la Bondad, el Poder, la Santidad, la soberana Pureza y la Justicia y el Amor... ¡Dios existe y es todo eso! ¡Lo es eternamente, inmutablemente, infinitamente!...

Dios existe, y se conoce y se ama. Es uno y es trino: es Padre, Verbo y Espíritu. Como Padre despliega Su vida infinita en Su Hijo, que es Su Pensamiento y Su Gloria, y ambos se consuman en la unidad de Su común Amor, el Espíritu Santo, término subsistente y eterno de Su misterioso Beso, de Su Alegría, de Su infinito Júbilo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se aman con un amor sin medida: son felices, infinitamente felices, eternamente felices, inmutablemente felices... ¡Y nos llaman a entrar en comunión con Su Vida, eternamente!

Saber esto es, para el alma que ama, la fuente de una alegría sin fin y la más alta de todas. Alegrarse de que Dios sea Dios, alegrarse de la alegría de Dios es un acto sublime y santísimo: es la caridad pura. Esta alegría arranca al alma de las miserias de la pobre vida humana para elevarla por encima de todo y hacerla entrar en la vida íntima de la adorable Trinidad, en lo que san Pablo llama *las profundidades de Dios* ⁵⁴. Ella hacía cantar a David: *Señor, quien Te mira rebosa de regocijo* ⁵⁵. Es uno de los frutos más divinos de la presencia y de la operación del Espíritu Santo en la criatura redimida. Diviniza el alma.

A esta alegría hay que referir todas las demás. Será fácil si recordamos que todas nuestras alegrías no son ni pueden ser más que un rebotar de la alegría infinita del Espíritu Santo, *que nos ha sido dado* ⁵⁶.

La fuente de toda alegría está en nosotros: El que cree en mí, de su seno correrán ríos de agua viva. El Evangelista añade: *Jesús decía esto del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él* ⁵⁷. El bautismo abrió esta fuente interior. Cada comunión la ensancha. *Un río alegre con sus ondas la ciudad de Dios, el santuario donde habita el Altísimo* ⁵⁸.

La más pequeña verdad de fe es un mundo de alegría donde nuestra alma puede dilatarse a toda hora: *Porque creen, serán colmados de una alegría inenarrable*, dice el Príncipe de los Apóstoles ⁵⁹. *Serán*, añade Isaías, *como un huerto siempre regado, como una fuente cuyas aguas nunca se agotan* ⁶⁰.

De nosotros depende, pues, vivir en la alegría. ¡Y qué alegría! Hay alegrías humanas verdaderas y puras, pero solo conmueven la superficie del alma: las alegrías divinas penetran hasta la médula de los huesos. Sí, la verdadera alegría, esencial, la que nada puede arrebatarnos, brota de la presencia en nosotros de la adorable Trinidad. ¿Qué podría turbar la paz y romper la armonía de un alma que se siente envuelta en lo divino?

Vivir en la alegría

Alégrense, pues, en el Señor, sin cesar. Se lo repito: alégrense ⁶¹. Dios creó a Sus hijos para la alegría. Lo hizo todo para que vivan en alegría. ¿Qué es la creación, qué es la santificación, sino una ordenación a la bienaventuranza natural o sobrenatural, una efusión de la alegría divina? ¿Qué es la Eucaristía, sino una fuente inagotable de alegría abierta en la Iglesia y en cada alma? Él quiere que vivamos en alegría. Jesús lo pidió en Su oración suprema: *Padre santo, pido que tengan en sí la plenitud de mi alegría* ⁶².

El dolor mismo debe convertirse y resolverse en alegría. El alma santa de Cristo contenía a la vez inmensas alegrías e inmensos dolores. Por su parte inferior, se sumergía en la extrema agonía; por sus cumbres, penetraba en el júbilo divino. Pero la alegría dominaba cualquier

otro sentimiento: en ella venían a fundirse todos Sus sufrimientos e inmolaciones, pues Jesús sabía que Sus inmolaciones, cuanto más duras eran, más gloria daban a Dios y más alta exaltación preparaban a Su Humanidad.

Nuestra alma puede estar así desolada y gozosa: desolada en esa parte inferior que se aproxima a los sentidos; gozosa en esas cumbres que gobierna solo la voluntad. Aun en las horas más duras, el dolor no habita solo en nosotros: tenemos también a Aquel que consuela: *Rogaré al Padre y les dará otro Consolador para que permanezca siempre con ustedes. Es el Espíritu de verdad... Estará en ustedes* ⁶³.

Permanezcamos en la alegría: será permanecer en el Espíritu Santo. Recordemos que la comunión nos ha sumergido en Aquel a quien santa Catalina de Siena gustaba llamar el océano de la paz: «Oh Dios eterno, exclamaba ella, Tú eres un océano tranquilo donde viven y se alimentan las almas. Ellas hallan allí su reposo en la unión del amor».

La alegría es un culto que debemos rendir a Dios. Es el barómetro del alma: su grado indica el grado del amor. En la prueba y la persecución perpetuas, la Iglesia, tipo sublime del alma, no deja de alegrarse. Su liturgia es una fiesta que renace cada día. Cuenta sus días por sus fiestas; camina en el dolor, pero con los ojos levantados al cielo, cantando las perfecciones y el amor del Esposo. Vive en alegría: alegría libre, fuerte y serena, fruto del amor.

El cristiano es un sembrador de alegría, y por eso hace grandes cosas. La alegría es uno de los poderes más irresistibles del mundo: apacigua, desarma, conquista, arrastra. El alma gozosa es apóstol: atrae a los hombres a Dios al manifestarles lo que produce en ella la presencia de Dios. Por eso el Espíritu Santo nos da este consejo: *No se entristezcan jamás, pues la alegría en Dios es su fortaleza* ⁶⁴.

* * *

¡Alegría y regocijo sean para Ti, en mi nombre, oh Dios de mi vida,

por la soberanía de Tu Trinidad, por la esencial unidad de Tu sustancia, por la propiedad de Tus Personas, por Su unión y Sus íntimas relaciones, fuente de Tu inefable dicha!

Alegría y regocijo sean para Ti, por Tu incomprensible grandeza, por Tu inmutable eternidad, por Tu suprema santidad, que excluye toda mancha y es la fuente de toda pureza, y por Tu gloriosa y perfecta felicidad.

¡Alegría y regocijo sean para Ti, por la carne purísima de Tu Humanidad, con la cual me purificaste; por Tu augustísima alma; por Tu divino corazón, que el amor traspasó por mí hasta la muerte!

¡Alegría y regocijo sean para Ti en ese corazón amantísimo, lleno de tierna solicitud hacia mí, tan sediento en su amor por mí que jamás reposará hasta que me haya recibido en Sí mismo por la eternidad!

¡Alegría y regocijo sean para Ti, por el corazón y el alma dignísima de la gloriosa Virgen María, Tu Madre, que me diste por madre a mí mismo en las necesidades de mi salvación, abriéndome para siempre el tesoro de su bondad maternal!

¡Alegría y regocijo sean para Ti de parte de todas Tus criaturas que llenan el cielo, la tierra y los abismos! ¡Que Te den esa alabanza eterna que sale de Ti y vuelve a Ti como a su principio!

¡Alegría y regocijo sean para Ti de parte de mi corazón y de mi alma, de parte de mi espíritu y de mi carne, de parte de todos los seres del universo!

¡A Ti, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, a Ti solo honor y gloria por los siglos!
¡Amén!

Santa Gertrudis

II. Perfeccionar la unión

Fundada en el estado de gracia santificante, la unión con Dios puede existir en grados muy diversos. En la escala de la perfección, los gra-

dos son casi infinitos. La comunión de la mañana nos establece en esa unión de amor que hemos tratado de describir. ¡Ay! Esta unión puede relajarse. Pero también puede hacerse sin cesar más perfecta. El esfuerzo del cristiano a lo largo del día debe ser precisamente aumentar y perfeccionar la unión eucarística. Un medio muy eficaz es la repetición de los actos de deseo y de los actos de amor.

1. Repetición de los actos de deseo

Daniel recibió la comunicación del misterio de Cristo porque era hombre de deseos. Un alma que desea a Jesús no puede dejar de entrar profundamente en el conocimiento y el gusto de Sus misterios.

El deseo aparta los obstáculos; abre la puerta del alma para la cual se realiza la arrebatadora palabra del Apocalipsis: *Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo* ⁶⁵.

El deseo dilata el alma y la adapta al objeto deseado: la ajusta, por así decir, a Dios. El Padre celestial se dignó asegurárselo a santa Catalina de Siena: «Ninguna virtud puede merecerte la vida eterna si me sirves de manera finita, pues yo, el Dios infinito, quiero ser servido de manera infinita: ahora bien, tú no tienes de infinito sino el deseo y el impulso de tu alma». Pero, decía además, «este deseo, como todas las demás virtudes, solo vale por Cristo crucificado, mi Hijo único ⁶⁶».

Será muy bueno excitar en el alma el deseo de la comunión. «El perfecto ejercicio del amor, dice Bossuet, es desear sin cesar recibir a Jesucristo. La mesa está preparada: faltan los invitados; pero, oh Jesús, Tú los llamas».

La vida de muchos santos fue una larga y ardiente aspiración de su alma hacia la unión eucarística. San Ignacio Mártir escribía a los romanos: «No tengo gusto por un alimento corruptible, ni por los placeres de este mundo. Quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David. Quiero como bebida Su sangre, que es caridad in-

corruptible ⁶⁷».

Santa Catalina de Siena suspiraba noche y día por la comunión. Apenas llegaba el alba, corría a la iglesia, literalmente llevada por su deseo, cuyo ardor devolvía el movimiento a su cuerpo desvencijado. «Padre mío, tengo mucha hambre», decía a menudo al beato Raimundo para expresarle su necesidad de comulgar: «Por amor de Dios, dé a mi alma su alimento».

Santa Margarita María decía: «Mi corazón se siente consumido por el deseo de amar a mi Dios, y eso me da un deseo insaciable de la comunión y del sufrimiento... Un día de Viernes Santo, cuenta, hallándome en un deseo ardiente de recibir a Nuestro Señor, Le dije con muchas lágrimas: “Amable Jesús, quiero consumirme deseándote y, no pudiendo poseerte en este día, no cesaré de desearte”. Vino a consolarme con Su dulce presencia y me dijo: “Hija mía, tu deseo ha penetrado tan adentro en mi corazón que, si no hubiera instituido este sacramento de amor, lo haría ahora para hacerme tu alimento. Me complazco tanto en ser allí deseado que, cuantas veces el corazón forma este deseo, tantas veces lo miro con amor para atraerlo hacia mí”».

En el tabernáculo, Jesús parece estar, como antaño bajo los pórticos del Templo, de pie y clamando a la muchedumbre: ¡Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba ⁶⁸! o renovando la invitación de la divina Sabiduría: Vengan a mí, todos los que me desean, y sáciense ⁶⁹.

Despertemos, pues, en nosotros deseos cada vez más frecuentes, cada vez más ardientes. Que nuestra alma esté siempre vuelta hacia la Eucaristía. Vivamos en estado de deseo, en estado de aspiración, como el Salmista: *Abro la boca y atraigo el Espíritu* ⁷⁰. Esta sed de lo divino es una de las gracias más preciosas que Dios hizo prometer por Sus Profetas: *Vendrán días en que enviaré el hambre sobre la tierra, no el hambre de pan ni la sed de agua, sino el hambre del Verbo de Dios* ⁷¹.

¿Hasta dónde es legítimo que nuestro deseo se lance? ¿Podemos aspirar a los más secretos misterios de la unión divina?

Sí, con tal que nuestro deseo se mantenga en la humildad y en la

gozosa sumisión a la voluntad de Dios.

Sin duda, desear los favores extraordinarios que la teología llama gracias gratuitamente dadas (revelaciones, visiones, etc.) sería necio orgullo y exponerse a las peores ilusiones. Pero desear la unión más estrecha posible de nuestra alma con Dios es legítimo y santificante. *¡Que me bese con un beso de Su boca!* ⁷², exclama la esposa del Cantar. Y habla en nombre de toda criatura redimida y santificada por la gracia, que aspira a ese feliz estado en que el alma *se adhiere al Señor hasta no ser con Él sino un solo espíritu* ⁷³.

¿Quién hará nacer del pobre yo de nuestra alma esos deseos tan santos como audaces?

El Espíritu Santo. Él es quien dirige nuestra alma hacia Dios. Pues lo que debemos desear, no lo sabemos. Pero el Espíritu ora por nosotros con gemidos inenarrables, y es Él quien clama en nosotros: ¡Padre! ¡Padre ⁷⁴! Por eso es un medio excelente, para expresar y animar nuestros deseos, invocarlo en nuestra ayuda y tomar prestadas las palabras de la Escritura con que Él ha hecho expresar tantas veces la necesidad de Dios:

Como el ciervo suspira por las fuentes de agua, así mi alma suspira por Ti, oh Dios.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo...

Dios mío, a Ti Te busco,

Tiene sed de Ti, mi alma,

Se consume por Ti, mi carne,

Como una tierra sedienta donde todo languidece, por falta de agua.

Salmos 41 y 62

2. Repetición de los actos de amor

San Juan escribió: *Dios es amor* ⁷⁵. Se puede decir también: Jesús es amor. Y debería poderse añadir: el cristiano es amor.

En el seno de la adorable Trinidad, la vida del Verbo es amar a Su

Padre, refluir, por un amor inmenso, hacia Su fuente y devolverle todo lo que de ella recibe.

En la tierra, el amor fue también Su vida. El Verbo se encarnó por amor a Su Padre, para revelárnoslo y conquistarnos para Él. El amor Lo hizo hombre, el amor Lo clavó en la cruz. En el fondo de todos Sus misterios, de todos Sus trabajos, de todos Sus sufrimientos, está el amor de Su Padre.

Es el mismo amor el que Lo hizo pan y Lo retiene en el secreto del tabernáculo. ¿Qué hace Él en el impenetrable silencio de la Hostia? Ante todo, ama a Su Padre.

El que comulga procurará vivir como Jesús: primero amará a Dios. Lo amará como lo exige el primer mandamiento, que contiene todos los demás: con todo su corazón, con todo su espíritu, con todas sus fuerzas. Sin duda, no es posible a la flaqueza humana hacer continuamente actos formales de amor. Al menos, con la gracia de Dios, podemos multiplicarlos de tal modo que gobiernen muy de cerca los actos de las demás virtudes y ejerzan sobre nuestra vida una influencia cada vez más estrecha, cada vez más penetrante.

¡Es tan fácil hacer un acto de caridad! Basta un impulso del corazón. La más humilde acción, el menor sacrificio, pueden transformarse en amor. «Todo lo que se hace por amor es amor, dice san Francisco de Sales; el trabajo, la fatiga y la muerte son amor cuando se los sufre por amor». Y sin embargo, dice el padre Lacordaire, «el amor de Dios es el acto supremo del alma y la obra maestra del hombre». «El más pequeño acto de puro amor, añade san Juan de la Cruz, vale más a los ojos de Dios y es más provechoso para la Iglesia que todas las demás obras juntas».

«No hay nada en el mundo tan real y tan sustancial como el amor de Dios. En comparación con esta gran realidad, todo lo demás no es sino pura quimera; todo lo demás carece de sentido y pronto se desvanece. Un acto de amor es una obra completa: sus efectos son más poderosos, sus consecuencias más importantes que los efectos y las conse-

cuencias de cualquier otro acto. La muerte por sí misma no podría igualar su grandeza. Y sin embargo, ¿qué hace falta para constituir un acto de amor? Una mirada del corazón que, con la rapidez del relámpago, penetra en los cielos. Tales actos pueden multiplicarse más allá de todo cálculo, e incluso en medio de las ocupaciones en apariencia más propias para distraer. Lejos de debilitarse, extraen de la repetición una nueva intensidad, una potencia desconocida. Sin embargo, no exigen ningún esfuerzo; es incluso un placer para nosotros formularlos». (Faber.)

«El que desea ardientemente el amor, dice san Francisco de Sales, amará pronto con ardor». No cesemos, pues, jamás de amar. «¡Ah! Si tuviera mil corazones para amarlo, exclamaba santa Margarita María, ¡no sería demasiado!». San Pablo nos dice que el amor es no solo *el fin de los mandamientos, sino también la plenitud de la ley* ⁷⁶. Se entiende, pues así como el amor entregó Dios a la criatura, entrega la criatura a Dios y consuma su unión. El amor los hace uno: después de haberlos arrojado el uno en el otro, el amor los hace permanecer allí: *El que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él* ⁷⁷.

«Es de la mayor importancia, dice san Juan de la Cruz, que el alma se ejercite mucho en el amor, para que, consumándose rápidamente, no se detenga aquí abajo, sino que llegue pronto a ver a su Dios cara a cara».

«Es una gran cosa, dice también, el ejercicio asiduo del santo amor. El alma llegada a la perfección y a la consumación del amor no puede permanecer mucho tiempo, ya en esta vida, ya en la otra, sin ver el rostro de Dios ⁷⁸».

* * *

¡Dios mío! ¡Amor mío! Tú eres todo mío y yo soy todo Tuyo. Dilátame en el amor, para que aprenda a gustar en el fondo de mi corazón cuán dulce es amar, y fundirse y perderse en el amor.

Que el amor me arrebate y me eleve por encima de mí mismo por la viveza de sus transportes.

Que cante el cántico del amor. Que Te siga, oh mi Amado, hasta las alturas de Tu gloria. Que todas las fuerzas de mi alma se agoten en alabarte, y que ella desfallezca de alegría y de amor.

Que Te ame más que a mí. Que no me ame a mí mismo sino por Ti. Y que ame en Ti a todos los que Te aman de verdad, como lo ordena la ley de amor, que descubrimos en Tu luz.

Imitación, libro III, cap. V

3. Las misiones divinas invisibles

He aquí una verdad capaz de excitar el alma a deseos sin fin y de provocarla al amor más insaciable.

Se sabe lo que la teología llama las misiones divinas invisibles, uno de los más profundos misterios de la religión. Son nuevas efusiones de Dios: nuevas luces que el Verbo comunica a nuestra inteligencia y crecientes impresiones de amor de que el Espíritu Santo llena nuestra voluntad. Son una semejanza y una extensión de las procesiones eternas del Hijo y del Espíritu Santo.

Ahora bien, cada vez que un alma, por su fervor y su generosidad, hace un nuevo progreso en el amor de Dios y merece una nueva gracia, cada vez el Padre envía a esa alma el Verbo y el Espíritu Santo, que le traen nuevos derechos a la intimidad divina. Y, como los Tres son inseparables, el Padre viene sin ser enviado. Inundan el alma con una nueva efusión de vida; se establece un nuevo contacto, más personal, más real, más íntimo que en el instante anterior.

Este adorable misterio puede producirse en cualquier momento. A cada aumento del amor responde la invisible visita de los Tres. Aunque fuera a cada minuto: cada vez que el alma realiza un acto que aumenta su caridad, la adorable Trinidad se derrama de nuevo en ella y le vierte nuevos torrentes de luz y de amor.

¿Hasta dónde no puede subir el alma en estas misteriosas ascensiones?

Oh cristiano, *¡si supieras el don de Dios!*

* * *

¡Oh Trinidad! Dios altísimo, clementísimo, beneficentísimo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios uno, en Ti espero.

Instrúyeme, dirígeme, sostenme.

¡Oh Padre! Por Tu infinito poder, fija en Ti mi memoria y llénala de pensamientos santos y divinos.

¡Oh Hijo! Por Tu eterna sabiduría, ilumina mi entendimiento, concédele el conocimiento de Tu soberana verdad y de mi propia baja.

¡Oh Espíritu Santo, que eres el amor del Padre y del Hijo! Por Tu incomprensible bondad, transporta mi voluntad a Ti e inflámala con el fuego inextinguible de Tu caridad.

¡Oh Señor mío y Dios mío! ¡Oh principio mío y fin mío, oh esencia soberanamente simple, soberanamente tranquila y soberanamente amable! ¡Oh abismo de dulzura y de delicias! ¡Oh mi amable luz y soberana dicha de mi alma! ¡Océano de alegrías inexpressables! Plenitud perfecta de todo bien, Dios mío y mi Todo, ¿qué me falta aún cuando Te poseo?

Tú eres mi bien único e inmutable.

No debo buscar sino a Ti.

No busco ni deseo sino a Ti.

Señor, atráeme tras de Ti. Llamo, Señor: ábreme. Abre a un huérfo que Te implora. Sumérgeme en el abismo de Tu divinidad. Hazme un solo espíritu Contigo, para que pueda, dentro de mí, poseer Tus delicias.

Beato Alberto Magno

[2.](#) Jn 5, 30; 12, 50.

[3.](#) Ibid., 8, 29.

[4.](#) Ibid., 14, 31.

[5.](#) Os 2, 14.

[6.](#) Sal 118, 109.

[7.](#) Sal 44, 11-12.

[8.](#) San Juan de la Cruz, *Máximas espirituales*.

[9.](#) Lc 10, 42.

[10.](#) Ct 6, 11.

[11.](#) Flp 3, 8.

[12.](#) *Sobre la unión con Dios (De l'union avec Dieu)*, cap. II.

[13.](#) Sal 87, 16.

[14.](#) Lc 2, 49.

[15.](#) Lc 22, 27; Mt 20, 28.

[16.](#) Jn 17, 4.

[17.](#) Ibid., 14, 31.

[18.](#) Jn 4, 34.

[19.](#) Flp 2, 5.

[20.](#) Col 3, 17.

[21.](#) Sal 17, 12.

[22.](#) Col 2, 6-7.

[23.](#) 1 Jn 4, 4.

[24.](#) Sal 26, 3 y 5. Santa Gertrudis exclamaba: «Doy gracias a Tu protección, adorable e incomprensible Trinidad, que no permites que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, aunque sufras a veces que seamos tentados para hacernos avanzar en la virtud. Y cuando ves que toda nuestra esperanza no se apoya sino en Tu socorro, Te encargas de nuestras propias querellas, de modo que, por una generosidad sin igual, reservándote la pena del combate, nos das el premio de la victoria.» (Insinuat., lib. II, cap. XI.)

[25.](#) Rm 8, 35-39.

[26.](#) Lc 24, 26.

[27.](#) 2 Tm 3, 12.

[28.](#) Mc 8, 34.

[29.](#) Rm 12, 1.

[30.](#) Is 53.

[31.](#) Ga 2, 19.

[32.](#) Ga 4, 19.

[33.](#) 2 Co 4, 16.

[34.](#) Ibid., 7, 4; Col 1, 24.

[35.](#) Flp 1, 29. La Madre Margarita María Doëns, consumida por una larga y espantosa enfermedad, parecía exultar en su tortura: «Se diría que usted goza», le dijo una de sus hermanas. «Sí», respondió, «gozo de que Nuestro Señor haga en mí lo que Le agrada».

[36.](#) 2 Co 4, 8-17.

[37.](#) Beata Ángela de Foligno.

[38.](#) Flp 3, 10.

[39.](#) Hb 4, 12.

[40.](#) Ibid., 12, 29.

[41.](#) Mt 26, 38; 27, 46.

[42.](#) Bossuet.

[43.](#) Lm 2, 13.

[44.](#) N. del E.: el abandono de Cristo en la cruz no significa que el Padre Lo rechazara ni Lo castigara como a un pecador: «Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado», pero, «en el amor redentor que le unía siempre al Padre», asumió nuestro alejamiento de Dios (Catecismo, n. 603).

[45.](#) Hb 12, 28.

[46.](#) Ef 2, 4.

[47.](#) Hb 11, 27.

[48.](#) 1 Jn 4, 16.

[49.](#) Os 2, 19.

[50.](#) Ct 8, 5. San Bernardo: «¿Qué harás, oh esposa de Cristo? ¿Quieres penetrar en ese santuario tan santo y tan sagrado donde se ve al Hijo en el Padre y al Padre en

el Hijo? ¿Quieres habitar con la adorable Trinidad? Puedes, si TIENES FE, pues PARA EL QUE CREE TODO ES POSIBLE. ¿Qué no encuentra la fe? Lo inaccesible, lo alcanza; lo desconocido, lo descubre; lo inmenso, lo abraza. Abre tu corazón: abarca lo eterno.» (Sermón 76 sobre el Cantar de los Cantares)

[51.](#) Ef 5, 2.

[52.](#) Ga 2, 19-20.

[53.](#) Flp 2, 5.

[54.](#) 1 Co 2, 10.

[55.](#) Sal 35, 6.

[56.](#) Rm 5, 5.

[57.](#) Jn 7, 38-39.

[58.](#) Sal 45, 5.

[59.](#) 1 P 1, 8.

[60.](#) Is 58, 11.

[61.](#) Flp 4, 4.

[62.](#) Jn 17, 13.

[63.](#) Jn 14, 16-17.

[64.](#) Ne 8, 10.

[65.](#) Ap 3, 20.

[66.](#) Santa Catalina de Siena, *El diálogo*, 4 y 92.

[67.](#) San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, 7, 3.

[68.](#) Jn 7, 37.

[69.](#) Si 24, 26.

[70.](#) Sal 118, 131.

[71.](#) Am 8, 11.

[72.](#) Ct 1, 1.

[73.](#) 1 Co 6, 17.

[74.](#) Rm 8, 26.

[75.](#) 1 Jn 4, 8.

[76.](#) 1 Tm 1, 5; Rm 13, 10.

77. 1 Jn 4, 16.

78. *Máximas espirituales.*

IV. El fin de la unión eucarística

I. Hijos adoptivos por Cristo Jesús

1. Nuestra vocación sobrenatural y la Trinidad

Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo..., que nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en el amor ¹.

Así pues, desde toda la eternidad Dios se ha ocupado de nosotros. El Padre ha tenido un pensamiento sobre nosotros, pensamiento que es al mismo tiempo una voluntad. Ha dicho sobre cada uno de nosotros una palabra, un vocablo que nos crea, que nos expresa, que contiene nuestra vida temporal y eterna y dice lo que debemos ser, el lugar que debemos ocupar, la perfección que debemos realizar, la gloria que debemos alcanzar. Esa palabra, el Padre celestial la pronunció cuando, queriendo traducir Su pensamiento soberano sobre nosotros, fijó nuestra vocación sobrenatural. Regla suprema y divina teoría de nuestra existencia, indica en qué medida entraremos en el plan divino de la creación.

Fuera de ese pensamiento, el Padre no quiere conocernos con un conocimiento de amor. No se ocupa de nosotros, para derramar Su gracia y darse a Sí mismo, sino en la medida en que nos movemos en la luz de Su pensamiento imperativo y en que, al realizarlo, entramos en el orden divino de las realidades eternas.

Nuestro deber fundamental se reduce, pues, a esto: cumplir la voluntad del Padre celestial, vivir según la palabra que Él ha dicho sobre nosotros. De antemano, aceptar todo lo que esa palabra contiene, alegrías o dolores; después, someterse con amor a todas sus exigencias a medida que se manifiestan en nuestra vida cotidiana.

Pero ¿cuál es ese misterioso pensamiento? ¿Qué dice esa palabra?

San Pablo responde: *A los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes a la imagen de Su Hijo* ². La voluntad de Dios es que entremos en el misterio de Cristo; la palabra que Él pronuncia sobre nosotros expresa la medida y la manera en que reproduciremos a Jesús para la gloria de nuestro Padre de los cielos. *En Su amor, nos predestinó a ser Sus hijos adoptivos por Jesucristo... para alabanza de la gloria de Su gracia* ³.

Tal es nuestra vocación sobrenatural: conformarnos a Jesús, vivir como Jesús, llegar a ser Jesús.

El Verbo encarnado es el ideal único y universal que deben reproducir y manifestar todos los predestinados del Amor: seglares, sacerdotes o religiosos, vírgenes o casados, para todos no hay sino un ejemplar que están obligados a imitar, so pena de excluirse del reino de la gracia: Cristo Jesús. La medida de su perfección y de su fecundidad sobrenatural será exactamente la medida de su adhesión a Jesús y de su fiel semejanza con Él: *Pues la salvación no está en ningún otro* ⁴.

¿En qué medida debo reproducirlo en mí? No lo sé. Es el misteriosísimo secreto de la predestinación eterna. Pero ciertamente debo reproducirlo. Debo mirar sin cesar a Jesús, imitar a Jesús, llegar a ser Jesús.

¿Cómo podré cumplir una vocación tan sublime?

Con la gracia y la cooperación del Espíritu Santo. *Permaneciendo siempre con nosotros* ⁵, el Espíritu Santo se hace el ejecutor de los designios del Padre, el obrero de la deificación del hombre, cuyo plan el Padre trazó sobre el modelo del Verbo encarnado. *Digitus paternæ dexterae*, canta la Iglesia: Tú eres, oh Espíritu creador, el Dedo de Dios Padre ⁶. Como el pintor o el escultor se sirve de su mano para expresar el ideal que ha concebido, el Padre celestial, para traducir Su pensamiento, inscribir Su Verbo y grabar en nosotros Su Imagen, se sirve del Espíritu Santo.

La primera obra en nosotros de ese Espíritu creador y santificador es transformarnos a semejanza del Hijo de Dios y hacernos vivir una vi-

da conforme a nuestra filiación divina: Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. *En efecto, ustedes no han recibido un espíritu de servidumbre, para vivir todavía en el temor, sino que han recibido el Espíritu de adopción, en quien clamamos: ¡Abbá! ¡Padre! Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios* ⁷.

Espíritu de verdad, ilumina en nuestra alma el eterno Pensamiento del Padre. Nos lo hace más claro, más preciso y más atractivo al revelarnos a Jesús: *Cuando venga el Espíritu, los guiará hacia la verdad completa... me glorificará* ⁸, dándoles a conocer más mi gracia y mi divinidad.

Siendo la consumación y la consagración de todo, prosigue imprimiendo en nuestra alma ese adorable pensamiento del Padre que es Jesús. Lo vuelve fijo, permanente y, en cuanto nosotros lo queramos, irrevocable. Misterio que contemplaba David cuando cantaba: *La luz de Tu rostro, Señor, ha sido impresa sobre nosotros como un sello* ⁹, porque el Rostro del Señor, Su Esplendor y Su Gloria, es el Verbo.

Luego, porque es el Espíritu de vida y el motor de la vida sobrenatural, pone en obra el Pensamiento del Padre. Nos impulsa a realizar la completa semejanza con Cristo. Nos estimula y nos anima *hasta que lleguemos al estado de hombre perfecto, a la medida de la estatura perfecta de Cristo... hasta que Cristo sea formado en nosotros* ¹⁰.

Por último, siendo personalmente el Amor, establece entre la Trinidad y nosotros relaciones de amor, una tendencia perpetua a la unión. Inclina la Trinidad hacia nosotros: nos atrae hacia ella. Es el llamado incesante, la atracción viva, la espiración irresistible que nos arrastra hacia Jesús; de tal modo que, a medida que el alma se abandona más al Pensamiento del Padre puesto en obra por el Espíritu Santo, la unión se hace más estrecha y más completa hasta el momento en que, así como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, el alma está en Cristo y Cristo está en el alma, ambos consumados en la unidad, según el ruego supremo de la Cena.

Entonces el hombre redimido y santificado puede presentarse con confianza ante el Padre celestial y decirle: *¡Oh Dios, mírame! ¡Mira en mí el rostro de Tu Cristo!* ¹¹.

* * *

¡Oh Trinidad eterna! Tú eres un mar sin fondo en el que cuanto más me sumerjo, más Te encuentro, y cuanto más Te encuentro, más Te busco todavía. De Ti nunca se puede decir: ¡basta! El alma que se sacia en Tus profundidades Te desea sin cesar, porque siempre está hambrienta de Ti, Trinidad eterna. Siempre anhela ver Tu luz en Tu luz. Como el ciervo suspira por el agua de las fuentes, así mi alma desea salir de la prisión tenebrosa del cuerpo para verte en verdad...

¡Oh Divinidad eterna! ¡Océano sin fondo! ¿Podías darme más que darte a Ti mismo? Tú eres el fuego que arde siempre y nunca se apaga. Tú eres el fuego que consume en Sí mismo todo amor propio del alma; Tú eres el fuego que derrite todo hielo y que alumbra; a su luz me has dado a conocer la verdad. Tú eres la luz por encima de toda luz...

Tú eres el bien supremo e infinito. ¡Bien por encima de todo bien! ¡Bien que hace la felicidad! ¡Bien incomprensible! ¡Bien inestimable! Belleza que supera toda belleza, Sabiduría por encima de toda sabiduría, más aún, ¡la Sabiduría misma! Tú, el pan de los ángeles, en el ardor de Tu amor Te has dado a los hombres. Tú eres el vestido que cubre toda desnudez, el alimento que con su dulzura alegra a todos los que tienen hambre. ¡Pues Tú eres dulce, sin sombra de amargura!

Oh Trinidad eterna, Tú me muestras la vía de la gran perfección, para que Te sirva en la luz y no en las tinieblas, para que sea un espejo de vida pura y santa y renuncie por fin a esta existencia miserable en la que, hasta ahora y por mi culpa, Te he servido en las tinieblas.

Revísteme, Trinidad eterna, revísteme de Ti mismo, para que pase de esta vida mortal a la verdadera obediencia y a la luz de la santísima fe con la que has embriagado mi alma.

2. La comunión y nuestra vocación sobrenatural

La comunión nos hace entrar en ese misterio de nuestra predestinación y de nuestra santificación. Cuando comulgamos, todo ese misterio pasa a nosotros para permanecer en nosotros. El Padre está en nosotros para comunicarnos Su Pensamiento y repetirnos Su Verbo; el Espíritu Santo, para fijarlo en nosotros. Y, si nuestro fervor responde a la buena voluntad de Dios, cada comunión provoca una comunicación más íntima en el secreto de nuestra alma iluminada por la fe, fija un nuevo rasgo de semejanza con Jesús grabado por Su divino Espíritu.

Se nos ha dado a beber del Espíritu ¹², dice san Pablo. La comunión, en efecto, no nos da solamente la carne de Jesús, sino también Su Espíritu, que se insinúa en nosotros como una sangre purísima para hacer en nuestra alma lo que la sangre hace en nuestro cuerpo. Es principio de vida. Así como dirigió al hombre en Jesús, desde el primer hasta el último día de Su vida mortal, e inspiró Su pensamiento y Su amor, el Espíritu Santo se hace nuestro gobernador y preside en nosotros nuestra transformación sobrenatural. En Jesús y en el que comulga hay el mismo Espíritu de vida, el mismo Principio de actividad. Si el que comulga es dócil a Sus inspiraciones, pronto habrá asimilación perfecta, pues la misma gracia debe producir las mismas virtudes, el mismo Espíritu suscitar los mismos actos.

Así vemos a los santos llegar a una semejanza tal con Jesús que verdaderamente ya no son sino uno con Él, un solo corazón y una sola alma. Ven todas las cosas como Jesús, juzgan como Él, tienen los mismos deseos, las mismas voluntades, el mismo amor. «Cor Pauli, cor Christi, decía san Juan Crisóstomo: el corazón de Pablo es el corazón de Cristo.» ¿No lo había declarado el Apóstol mismo? *Si vivo, ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí* ¹³. «Cristo me hace las veces de alma», decía san Macario. Y santa Catalina de Génova: «Ya no tengo al-

ma, ya no tengo corazón: mi corazón y mi alma son los de Jesucristo.»

Para santa Catalina de Siena, ese misterio de transformación se cumplió en circunstancias que manifiestan la singular ternura del Señor: «Un día, cuenta el beato Raimundo, mientras repetía con más fervor la oración del Profeta: *Crea en mí, Dios mío, un corazón puro y renueva en lo más íntimo de mi ser el espíritu de rectitud* ¹⁴, suplicaba al Señor que le quitara su corazón y su voluntad propia. Creyó ver a su eterno Esposo venir a ella como de costumbre, abrirle el costado izquierdo, sacarle el corazón y marcharse, de modo que quedó sin corazón. La impresión de esta visión fue tal y el testimonio de los sentidos la confirmó tanto que Catalina dijo a su confesor que ya no tenía corazón en su cuerpo... Algún tiempo después, el Señor se le apareció, teniendo en Sus manos sagradas un corazón humano, bermejo y resplandeciente... El Señor, acercándose, le abrió de nuevo el costado izquierdo e introduciendo en él el corazón que tenía en las manos le dijo: “Hija dulcísima, así como el otro día te quité tu corazón, hoy te entrego el mío, que te hará vivir siempre.”»

Se encuentra un relato análogo en la vida de santa Margarita María: «El viernes de la octava del Corpus Christi, cuenta ella, después de la santa comunión, mi Jesús me dijo estas palabras: “Hija mía, he venido a ti para sustituir mi alma por la tuya, mi corazón y mi espíritu en el lugar del tuyo, a fin de que ya no vivas sino de mí y para mí.” Esta gracia tuvo tanto efecto que, desde entonces, nada ha sido capaz de turbar en lo más mínimo la paz de mi alma y yo ya no sentía en mi corazón capacidad sino para amar a mi Dios.»

Tal es el fin de la comunión: la fusión de los corazones y de las almas.

Es verdad que estos dos últimos relatos contienen hechos exteriores de orden milagroso. Pero, dejando aparte esos hechos exteriores, la comunión tiende a producir en nosotros una transformación semejante. Apunta a hacernos perder nuestra vida propia para sustituirla por la vida de Cristo, quien declaró Él mismo esta intención:

Como yo vivo por mi Padre, el que me come vivirá por mí ¹⁵.

En suma, la comunión tiene por fin hacer otros Cristos, otros hijos de Dios.

* * *

¡Oh poderosa y eterna Trinidad! ¡Oh dulcísima e inefable Caridad! ¿Quién no se inflamaría ante tanto amor? ¿Qué corazón podría defenderse de consumirse por Ti?

¡Oh abismo de caridad! ¡Tú estás, pues, tan perdidamente prendado de Tus criaturas que parece que no pudieras vivir sin ellas! ¡Y sin embargo Tú eres nuestro Dios! No tienes ninguna necesidad de nosotros. Nuestro bien no añade nada a Tu grandeza, puesto que eres inmutable. Nuestro mal no podría causarte ningún daño, ¡a Ti, que eres la soberana y eterna Bondad!

¿Quién, pues, Te arrastra a tanta misericordia? El amor. Porque no tienes ninguna obligación para con nosotros, no tienes de nosotros ninguna necesidad.

¿Quién Te lleva, a Ti, Dios infinito, hacia mí, pequeña criatura? Nadie sino Tú mismo, ¡oh Fuego de amor! El Amor, siempre, el Amor solo Te ha impulsado y Te impulsa todavía a tener misericordia de Tus criaturas colmándolas de gracias infinitas y de dones sin medida.

¡Oh Bondad por encima de toda bondad, solo Tú eres soberanamente bueno! Nos diste el Verbo, Tu Hijo único, para que viviera con nosotros, en contacto con nuestro ser de corrupción y de tinieblas. De ese don, ¿cuál es la causa? El Amor. Porque Tú nos amaste antes de que existiéramos.

¡Oh grandeza eterna! ¡Oh Grandeza de bondad! Te has abajado; Te has hecho pequeña para hacer grande al hombre. Hacia cualquier lado que me vuelva, no encuentro sino abismo y fuego de Tu caridad.

Santa Catalina de Siena

II. La gloria de la santísima Trinidad

1. *El fin supremo de la creación*

Podemos ir más lejos en el conocimiento de nuestra vocación sobrenatural y preguntarnos por qué Dios quiso hacernos llegar a ser Sus hijos adoptivos por Cristo Jesús.

Ciertamente, es para nuestra felicidad: tan inmenso como gratuito, Su amor no pudo contentarse con sacarnos de la nada; quiso hacernos felices e incluso llevarnos hasta la cumbre de la felicidad llamándonos, por un don inaudito, a participar de Su naturaleza y a entrar en comunión con Su vida.

Sin embargo, la felicidad de la criatura no puede ser el fin último de las operaciones divinas. Ese fin es la manifestación espléndida de los atributos divinos, en particular de la bondad, y la glorificación perfecta de la santa Trinidad.

Al hacerme bienaventurado, Dios quiso glorificarse: quiere glorificarse en mi felicidad.

En definitiva, Dios nos hace Sus hijos adoptivos por Sí mismo, por Su gloria. Nuestra filiación divina debe consumarse en el amor y la alabanza del Señor: *Por decreto de Aquel que hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad, hemos sido predestinados a servir para alabanza de Su gloria* ¹⁶. Porque Dios, por ser Dios, obra todas las cosas para Sí mismo. El orden indispensable exige que todos los seres, y hasta nuestra felicidad misma, se refieran al Señor y Le rindan homenaje. Glorificar al Señor es la obra esencial y primordial de la criatura desde que existe. Eso lo domina todo. Es la justicia necesaria y urgente de la que Jesús quiere que tengamos *hambre y sed* ¹⁷.

Por eso mismo es la primera obra que vino a cumplir aquí abajo y la ocupación principal de Su santa Humanidad durante Su vida mortal y en la Eucaristía. Cristo vino para salvarnos, pero más aún para adorar y alabar a Su Padre; para hacernos felices, pero sobre todo para

cumplir los deberes de religión que Dios esperaba desde la creación del mundo. Su vida interior fue una adoración incesante. Si trabajó, predicó, multiplicó los milagros, si sufrió y si murió, fue para glorificar a Su Padre. El deseo de darle gloria Lo abrasaba como un fuego interior que Lo devoraba y no dejaba reposo alguno a Su alma sedienta de justicia y de amor.

Tengo que ser bautizado con un bautismo, decía, ¡y cuán grande es mi angustia hasta que se cumpla! ¹⁸. Ese bautismo era la efusión de la Sangre que debía restituir a Dios la gloria de la Creación.

He deseado con gran deseo comer esta Pascua ¹⁹; esa Pascua era la ofrenda de la Hostia, de Sí mismo en holocausto de gloria.

Tengo sed ²⁰, decía todavía en el momento de expirar. Esa sed era la inexpressable necesidad de Su Corazón de dar amor a Su Padre. Sed que ni siquiera el sacrificio mismo del Calvario pudo apaciguar, puesto que instituyó la Eucaristía para renovar la efusión de Su sangre, universalizarla y prolongarla a través de todos los siglos.²¹

Su vida y Su muerte tienen un fin que domina a todos los demás: ante todo, dar a Dios el homenaje más completo que pueda recibir; y luego suscitar en el mundo almas que, uniéndose a Su pensamiento, a Su amor y a Su sacrificio, den gloria con Él y sean los verdaderos adoradores en espíritu y en verdad que busca el Padre celestial ²². Adorar y formar adoradores.

* * *

¡Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos! En Él nos ha elegido antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables ante Él, y, en Su amor, nos ha predestinado a ser Sus hijos adoptivos por Jesucristo, según Su libre voluntad, haciendo así resplandecer la gloria de Su gracia...

También en Cristo hemos sido elegidos, habiendo sido predestina-

dos por decreto de Aquel que lo hace todo según el consejo de Su voluntad, para que sirvamos para alabanza de Su gloria...

Por eso doblo la rodilla ante el Padre... para que les conceda, según los tesoros de Su gloria, ser poderosamente fortalecidos por Su Espíritu en orden al hombre interior, y que Cristo habite en sus corazones por la fe; de modo que, arraigados y fundados en la caridad, lleguen a ser capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, a fin de que estén llenos de toda la plenitud de Dios.

¡A Aquel que puede hacer, por el poder que actúa en nosotros, infinitamente más de lo que pedimos y concebimos, a Él sea la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, en todas las edades, por los siglos de los siglos! ¡Amén!

San Pablo (Ef 1, 3-6, 11-12; 3, 14-21)

2. La única liturgia

En suma, Cristo vino a cumplir entre nosotros una obra de alabanza, una obra litúrgica.

La cumple todavía, pues, como Verbo encarnado, Jesús es sacerdote, *el Apóstol y el Pontífice de la religión que profesamos* ²³.

La cumplirá eternamente, pues el sacerdocio es Su estado fundamental, lo más radical que hay en Él: *Posee un sacerdocio eterno* ²⁴. Y el Padre Le dijo: *Tú eres sacerdote para la eternidad* ²⁵.

Así Lo vemos, en el cielo y en la tierra, presidir la única liturgia. En una de las más sublimes visiones del Apocalipsis, san Juan nos muestra a nuestro Pontífice ejerciendo Su sacerdocio en la asamblea de los elegidos, en el centro de la creación redimida, en medio del trono mismo donde se sienta el Señor. El Espíritu septiforme reposa sobre Él e inspira Su sacerdocio. Está de pie como un sacrificador. Está inmolado como la víctima universal. Y da gloria a Aquel que era, que es y que se-

rá. Y he aquí que todos los habitantes del cielo se unen al Cordero para celebrar a Aquel a quien el Cordero se inmola: Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú has creado todas las cosas... Santo, Santo, Santo es el Señor todopoderoso... Adoran, se postran y arrojan sus coronas para testimoniar que su victoria y su gloria vienen solo del Señor.

Pero los elegidos se vuelven hacia el Cordero, que recibe también la alabanza que Le es debida. Mientras ejerce Su soberano sacerdocio, se postran ante Él y acordes poderosos hacen resonar el cántico nuevo de todos los redimidos: *El Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición* ²⁶.

Tales son las grandes líneas de la liturgia cuyos esplendores se despliegan sin cesar en los cielos bajo la presidencia de Jesús, Pontífice universal, y bajo el soplo del Espíritu Santo, por quien el Cordero *se ofrece a Dios como una hostia sin mancha* ²⁷.

Ahora bien, es exactamente la misma liturgia la que se reproduce entre nosotros en el altar: el mismo sacerdocio, el mismo sacerdote, la misma víctima, la misma inmolación, el mismo fin que alcanzar. Solo la forma exterior ha cambiado: la Iglesia triunfante celebra el sacrificio en la visión, la Iglesia militante en la fe. Pero no hay sino una liturgia. Un concierto admirable sube a toda hora de la creación purificada y santificada hacia el trono del Todopoderoso para bendecirlo, exaltarlo, glorificarlo por el Cordero que se inmola; voces sin número de la multitud inmensa de los redimidos que se elevan desde todas las partes de la tierra y del cielo entero: pero todas esas voces no forman sino un único concierto, cantan la única alabanza y celebran la liturgia única.

He aquí por qué Jesús ofreció Su sacrificio en el Calvario y por qué perpetuó Su sacrificio por la Eucaristía: para que perpetuamente suba hacia Dios la alabanza de gloria.

Tal es también el fin último de la Comunión.

Esa liturgia que se desarrolla, perfectamente una, ante el trono de Dios y sobre el altar, Jesús quiere reproducirla en el alma del que comulga. Viene a nosotros para hacernos entrar en el gran movimiento de la alabanza de la que Él es la Cabeza y el Pontífice. Un día dijo a santa Margarita María: «Vengo a ti como soberano Sacrificador.»

El bautizado es un templo consagrado, uno de los lugares de la ofrenda litúrgica: *El templo de Dios, que ustedes son, es santo* ²⁸. En ese templo reside el Dios todopoderoso a quien se ofrece el sacrificio, la adorable Trinidad: *Haremos en él nuestra morada* ²⁹. Y la comunión introduce allí a la víctima, el Cordero inmolado que de nuevo viene a ofrecerse y a unir a Su sacrificio el del alma que Lo recibe, pues quiere que con Él ofrezcamos nuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios ³⁰. «El alma cristiana, dice Orígenes, es un altar fijo donde el sacrificio se perpetúa día y noche.» Sacrificio que no debe ser pasajero, sino permanente, pues el Cordero inmolado permanece en nosotros, incluso después de la disolución de las santas especies, según lo prometió, a fin de que *por Él ofrezcamos sin cesar a Dios una hostia de alabanza, el fruto de labios que celebran Su nombre* ^{31 32}.

La comunión permite al alma celebrar en su santuario el sacrificio que la Iglesia triunfante y militante no cesa de presentar al Señor: la misma Víctima se ofrece allí al mismo Dios para la misma alabanza.

Nada falta allí, ni siquiera el incienso y la armonía de las cítaras de la célebre visión de san Juan. La oración del alma se eleva en torno al sacrificio como un olor de suavidad que hace decir al Señor que *la esposa sube como una columna de humo que exhala mirra e incienso y todos los aromas* ³³.

El sonido de las cítaras es la armonía de todos los actos de amor, de todos los deseos y sentimientos tan diversos que estallan entonces en el corazón bajo la inspiración del Espíritu. Armonía que se vuelve sublime, verdadero eco del Cántico nuevo del coro de los elegidos, cuando todas las potencias del alma y del cuerpo, como las cuerdas de una lira, son armonizadas por la pureza y la penitencia. «Entonces, di-

ce el Padre celestial a santa Catalina de Siena, esa alma canta un cántico delicioso, acompañándose con un instrumento cuyas cuerdas la prudencia ha dispuesto tan bien que todas producen una santa armonía para la gloria y el honor de mi nombre. Esa armonía es producida por las cuerdas grandes, que son las potencias del alma, y por las cuerdas pequeñas, que son los sentidos exteriores del cuerpo. Todos mis santos han cautivado almas con esa armonía. El primero que la hizo oír es mi Verbo amado, cuando se revistió de la humanidad de ustedes y, uniéndola a la divinidad, tocó en la cruz esa música inefable que arrebató al género humano.»

Así, en el cielo, sobre el altar y en el alma se celebra la misma liturgia eterna.

A proporción que se desarrolla en nosotros, avanza la santificación del que la celebra. Cuando el alma, sostenida por una plena caridad y unida con inteligencia y amor al sacrificio del Cordero, llega a no dejarse apartar por nada de su obra de alabanza y a celebrar sin interrupción el culto interior, ha alcanzado la perfección en esta tierra, vive en las sombras de la fe como los bienaventurados en la visión eterna, y su vida íntima, dice el beato Alberto Magno, es «el preludio y el comienzo de la vida del cielo».

* * *

¡Santa Trinidad, en cuyo seno resplandecen con eterno esplendor la Divinidad viva, el Amor y la Sabiduría!

¡Oh Padre, fuente única del poder que es Tu naturaleza; Tú, a quien la Sabiduría es esencial, en quien la bondad brota sin cesar, la caridad ardiente como el fuego, la santidad inclinada a extenderse sobre todos los seres, la bondad dispuesta a derramarse sobre todo lo que has creado: a Ti, alabanza, honor y gloria! A Ti, acción de gracias, poder y luz: es el deseo de mi corazón lleno de reconocimiento.

Oh Verbo, Tú que eres el alto cedro del Líbano y extiendes muy por

encima de los querubines las ramas de Tu Divinidad con una majestad soberana, Te has complacido en buscar hasta el fondo de este valle de miseria un humilde tallo de hisopo para unirlo a Ti con una estrecha alianza y hacer de él Tu esposa en un amor infinito.

Oh Espíritu Santo, Dios amor, lazo de la santa Trinidad por el amor, Tú reposas y Te deleitas entre los hijos de los hombres, en la santa castidad que, por la influencia de Tu fuerza y de Tus encantos, florece aquí abajo como la rosa entre las espinas.

¡Espíritu Santo! ¡Amor! ¡Amor! Dime qué camino conduce a una morada tan deliciosa, dónde está el sendero de la vida que lleva a esas praderas fecundadas por el rocío divino, donde apagan su sed los corazones sedientos. Oh Amor, solo Tú conoces ese camino que lleva a la vida y a la verdad. En Ti se cumple la alianza llena de delicias que une entre Sí a las divinas Personas de la Trinidad santa. Por Ti, oh Espíritu Santo, se derraman sobre nosotros los más preciosos dones. De Ti proceden las semillas fecundas que producen los frutos de la vida. De Ti emana la miel tan dulce de las delicias que solo están en Dios. Por Ti descenden sobre nosotros las aguas fertilizantes de las bendiciones divinas, los dones tan queridos del Espíritu pero tan raros, ¡ay!, en nuestra región.

¡Oh Hijo de Dios! Amor, amor, prepárame el sendero que lleva a Ti, el sendero del bello amor. Atraído hacia Ti por un casto afecto, Te seguiré en adelante dondequiera que vayas, hasta esas alturas donde reinas y mandas en la majestad soberana de Tu divina esencia, hasta esa morada donde, derramando los tesoros de Tu ternura siempre viva y alimentando las llamas del divino Amor que Te consume, conduces en los cielos a los coros resplandecientes de esos miles y miles de vírgenes adornadas con vestiduras blancas como la nieve y repitiendo con embriaguez el dulce cántico de las bodas eternas.

Mientras tanto, oh Jesús, oh Amor, guárdame en este valle de miserias a la sombra de Tu caridad. Y después de este largo destierro, preservado de toda mancha, condúceme y hazme entrar en Tu santuario;

dame un lugar en las filas de ese enjambre virginal. Allí apagaré mi sed en las aguas que brotan de Tu ternura divina. Allí me saciaré en el goce de Tu amor tan dulce. ¡Amén! ¡Amén! ¡Que ese sea el grito de todos los seres!

Santa Gertrudis

[1.](#) Ef 1, 3-4.

[2.](#) Rm 8, 29.

[3.](#) Ef 1, 5-6.

[4.](#) Hch 4, 12.

[5.](#) Jn 14, 16.

[6.](#) Himno *Veni Creator*.

[7.](#) Rm 8, 14-16.

[8.](#) Jn 16, 13-14.

[9.](#) Sal 4, 7.

[10.](#) Ga 4, 19.

[11.](#) Sal 83, 10.

[12.](#) 1 Co 12, 13.

[13.](#) Ga 2, 20.

[14.](#) Sal 50, 12.

[15.](#) Jn 6, 57.

[16.](#) Ef 1, 11.

[17.](#) Mt 5, 6.

[18.](#) Lc 12, 50.

[19.](#) Ibid., 22, 15.

[20.](#) Jn 19, 28.

[21.](#) N. del E.: el sacrificio de la cruz fue único y bastó para la redención. La Eucaristía no lo repite ni lo completa: lo hace presente, de modo que ambos son «un único sacrificio» (Catecismo, nn. 1366-1367). El autor habla del amor de Cristo, que quiso seguir dándose.

[22.](#) Ibid., 4, 23.

[23.](#) Hb 3, 1.

[24.](#) Ibid., 7, 24.

[25.](#) Sal 109, 4.

[26.](#) Ap 4-5.

[27.](#) Hb 9, 14.

[28.](#) 1 Co 3, 17.

[29.](#) Jn 14, 23.

[30.](#) Rm 12, 1.

[31.](#) Hb 13, 15.

[32.](#) N. del E.: la presencia sacramental de Cristo «dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas» (Catecismo, n. 1377). Lo que permanece después es la unión con Cristo por la gracia y la inhabitación de la Trinidad en el alma (Jn 14, 23; Catecismo, n. 260).

[33.](#) Ct 3, 6.